

Boletín Salesiano

REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO

Año XXXVI — N. 12.

Diciembre 1921.



Sumario. — ■ *¡Don Albera ha muerto!* ■ — *Para el tercer centenario de la muerte de San Francisco de Sales — Por la buena prensa — Contra la moda impudica — De nuestras Misiones: China: La revolución - Peligro que corrieron dos misioneros — Los que mueren... El Ilmo. Sr. Don Santiago Costamagna, Obispo Titular de Colonia - Datos biográficos - Excmo. e Ilmo. Sr. Don Juan Marenco, Arzobispo Titular de Edesa e Internuncio Apostólico — Bibliografía — Culto de María Auxiliadora: Gracias de María Auxiliadora — Índice generale.*

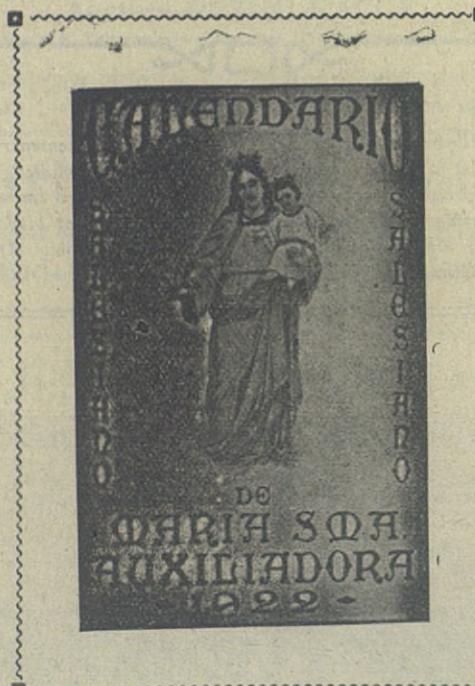


Iglesia Parroquial de Castelnuovo d'Asti,
pueblo natal del Ven. Don Bosco.

CALENDARIO SALESIANO DE MARIA AUXILIADORA

para 1922

El primero de Agosto para América y el primero de septiembre para España, comenzará a ser despachado nuestro CALENDARIO DE PARED PARA 1922. Se ha aumentado notablemente este año la tirada de tacos, pero como gracias a Dios, va teniendo cada año mayor aceptación, estamos seguros de que en pocos meses quedará la edición agotada. Por ello, rogamos encarecidamente a los señores libreros y compradores al por mayor, se sirvan notificarnos con la debida anticipación el número de TACOS que piensen adquirir, para nuestra norma y su mejor servicio.



De cartones tenemos variado surtido, y son todos ellos verdaderas obras de arte.

Adjunta presentamos su clasificación. Al fijar los precios no se ha procurado buscar ninguna ganancia, aún legítima, tratándose sólo de hacer propaganda católica. En los adjuntos cuadros se hallarán las condiciones de venta a que se han de sujetarse los pedidos.

PRECIOS Y CONDICIONES

Taco suelto	Ptas. 0'50
Cartón solo	» 0'50
Taco y cartón	» 0'90

1.^o Al hacerse los pedidos, deberá enviarse su importe, bien en Letras o Valores declarados, en sellos de correo, o en carta certificada o por Giro Postal, avisando a la vez.

2.^o La mercancía viaja siempre por cuenta del comprador, cargándosele los gastos de correo y del certificado, si lo solicita.

3.^o Del taco no serviremos pedidos inferiores a SEIS Cartones.

4.^o Para los señores libreros y pedidos importantes se hará el descuento del 25 por ciento.

CARTONES DE PARED

N. 1. Cromo del Vble. Juan Bosco, con las Escuelas de Sarriá, 40 por 25 cm.	Ptas. 0'50
N. 2. Cromo de María Auxiliadora presidiendo las obras Salesianas, 40 por 30 cm.	» 0'50
N. 3. Cromo de la niñez del Vble. Juan Bosco, estilo barroco. 40 por 29 cm.	» 0'50
N. 4. Cromo del Templo del Sagrado Corazón de Jesús en el Tibidabo. 39 por 28 cm.	» 0'50
N. 5. Cromo tricromia de María Auxiliadora, miniatura medioeval. 33 por 23 cm.	» 0'40
N. 6. Cromo Monumento a Don Bosco. 40 por 30	» 0'50

BOLETÍN SALESIANO

— REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Via Cottolengo, N. 32 - TURIN (Italia)

¡DON ALBERA HA MUERTO!

La familia salesiana gime hoy bajo el frío y rígido manto del dolor, víctima de la furia con que la muerte ha repetido sus asaltos en el *Líbano* salesiano y arrancado de cuajo sus más corpulentos y empinados cedros. Una tras otra hemos visto extinguirse en el término de un mes tres lumbres de primera magnitud, que brillaban con destellos vivísimos en el firmamento de nuestra amada Congregación. La muerte entró como ladrón en esta casa, y después de haber arrebatado preciosos despojos episcopales, asentó traidoramente su golpe certero en la cabeza de nuestra Sociedad. Nuestro Rector Mayor Don Pablo Albera ha muerto repentinamente. Numerosa familia esparsa en todo el mundo llora, sumida en la más desconsoladora orfandad, la desaparición del más augusto de sus miembros.

¡Don Albera ha muerto! Y ha sido su muerte un sueño dulce y plácido. Durmióse en el blando seno de la noche, y con ligero intervalo de vigilia pasó de los brazos de aquella a los de la eternidad donde descansa con los justos, al calor de un mismo regazo, de las fatigas que le acompañaron sin abandonarle un sólo instante hasta el último de sus días.

En medio de este lamentable desconcierto nuestra lengua enmudece, y nuestra vista no acierta a descubrir, porque la enturbia el dolor, los anchurosos límites de tamaña desgracia.

Irreparable, inmensa desgracia para todos los que creemos que los hombres cuyas frentes resplandecen con rayos de cielo, son los más eficaces bienhechores de sus semejantes en la tierra. Y Don Albera derramaba en torno suyo haces poderosos de luz celeste: su semblante pálido, rugoso, encanecido y al mismo tiempo risueño y dulce, fiel espejo de su alma transparente y hermosa, trascendía el misticismo más evocador. Este hacía que la lumbre encendida de caridad que ardía en su pecho hacia Dios, prendiera también

en el deseo de beneficiar a sus prójimos, con preferencia al menos valido. Así fué su vida: amor traducido en obras, en trabajo incesante que le agotó por completo todas las energías.

Aquel cuerpo endebles, encorvado por los años, y más aún por el peso de una labor ruda e incesante, ostentaba visiblemente durante varios meses el sello de los que padecen. Paso a paso hemos seguido con ansia el proceso fatal de su enfermedad. Al inclinarnos para estampar un beso en su mano blanca y fina como el alabastro, no osábamos calcular la duración de su existencia prodigiosa y llena de merecimientos; mas nunca acertáramos a creer que aquella vida apuraba entonces las gotas de existencia que quedaban en el fondo de aquel cáliz mortecino, ni que su acabamiento fuera tan improvviso y fuera de todo cálculo.

Aquellos ojos menuditos y siempre risueños se cerraron a la luz del mundo en esta pequeña *Ciudad santa* de Valdocco, en medio del cariño de los Salesianos y de los estudiantes y artesanos que se aperciben en estas escuelas para las luchas de la vida. Mirad al humilde sacerdote tendido sobre el lecho, donde yace vestido de traje talar; las manos cruzadas ante el pecho y el rosario entre ellas, Don Albera parece vivo: su semblante, recogido y devoto, como cuando concentraba fervorosamente sus potencias y recogía sus sentidos para comunicar con Dios y deshacerse con él en un coloquio fervoroso y tierno. Aquel cuerpo yacente ostenta rasgos de humildad profunda, él os muestra la caridad que animó su espíritu; su bondad incomparable que difundía muy lejos de sí. ¡Santa bondad la de Don Albera que salía al encuentro del desconsuelo, lo mitigaba con palabras de aliento, y detenía como con mano de hierro el infortunio y la miseria, y los alejaba de cuantos llamaban en demanda de socorro a las puertas de su caridad!

Pocos, muy pocos supieron como él hacer llegar al alma la dulcísima palabra del amor. Pocos supieron como él diluirla en tan viva expresión de dulzura, en efusiones tan calientes y encendidas de cariño.

Aquel corazón tan anchuroso, cuyos límites no alcanzaba a tocar un mundo de miserias, sufría al sólo pensar en desventuras que no alcanzaba a remediar. ¡Cuántas veces hacia partícipes de este dolor a sus hermanos y amigos dejando caer una gota en el corazón de éstos!

La guerra que ha sembrado por doquier la desventura, ese monstruo creador de orfandades, dió ocasión a Don Albera para mostrar sus entrañas de padre a un sinnúmero de niños que gemían envueltos en luto y comían su mísero y escaso pan mojado en las lágrimas de el más desolador infiunio. Igualmente a otros tiernos parvulillos a quienes el terremoto había arrebatado junto con las paredes el calor del hogar que alimentaban los seres que les dieron el suyo; a estos también abrió de par en par las puertas de sus casas, y dividió con todos su pan y su amor. Bajo la protección de la Providencia, abrió nuevos hogares al pobre, con aquella fe ciega y confianza ilimitada en Dios, propias de cuantos héroes alistados bajo las banderas de la caridad han atravesado este valle de dolor.

Con la caridad por enseña y con las armas de su sencillez encantadora y su humildad profundísima ejercía un poder avasallador y se imponía donde quiera que aparecía. En el templo y en la escuela, en el taller y en el patio donde bulle y clamorea una turba de inquietos y juguetones muchachos, entre las humildes viejecillas que le asaltaban a la salida del templo, ante la púrpura y la mitra ante los príncipes y ministros del rey, Don Albera se imponía a todos con su físico trémulo, encorvado, modesto y venerable, en extremo.

Por delante del lecho donde yacía, para siempre dormido, pasaron Superiores y alumnos, admiradores y bienhechores, autoridades civiles y eclesiásticas de Turín, elementos todos que formaron después imponente manifestación para tributar el último homenaje a la caridad y a la beneficencia encarnada en la persona del segundo sucesor del Ven. Don Bosco.

La muerte.

La víspera de su onomástico (27 de junio) sufrió un leve ataque cardíaco; mas no por eso dejó de tomar parte y presidir las *Fiestas de la Grati-tud* que en tal día se celebran en el Oratorio, por tradición que arranca desde los primeros tiempos en que fué dirigido por el Venerable. Las

emociones de aquel día debieron de ser muchas y muy fuertes, cuando al terminar la fiesta sintió un cansancio y malestar extraordinarios, efectos que se dejaron sentir al día siguiente con más violencia en aquel cuerpo herido ya por la enfermedad.

Con algunos cuidados logró rehacerse al cabo de pocos días; tanto que, tornó de nuevo a su régimen normal de vida. Pero en sus últimos días hubo de aplicar a sus labios el cáliz del dolor lleno hasta desbordar y apurarlo hasta la última gota. La muerte de Mons. Costamagna y la de Mons. Marenco acabaron por rendirle. Pero la fuerza de su voluntad era tal, que lejos de acongojar a los demás superiores participándoles su mal estado de salud, se esforzaba en acorralar momentáneamente su dolencia; había logrado acallar el mal, mas no rendirlo, y así pasó su último día recibiendo en audiencia a numerosas personas que llenaban la antesala de su despacho.

Nadie pudiera decir, juzgando por su exterior que nuestro llorado Rector Mayor se hallara tan al borde del sepulcro. La noche antes de morir recibía informes de Don Rinaldi sobre varios asuntos de la Congregación. Don Albera escuchaba sereno con su sonrisa habitual, con sus ojos menuditos y tímidos, fijos en el pensamiento; después, daba su opinión, aconsejaba y observaba. Durante la noche se vió atormentado de terrible insomnio. A las cuatro y cuarto, según costumbre, dejó el lecho para comenzar el día con el santo Sacrificio de la Misa. Pero las fuerzas le abandonaban; sentía en su pecho latidos tremendo que repercutían en su garganta y se la anudaban impidiéndole el respiro. En el cuarto inmediato velaba su secretario el sueño del padre, y advirtiendo el estado del enfermo entró en su cuarto.

— «Quise celebrar misa, dijo Don Albera, pero me hallé sin fuerzas. ¡Que postración la mía!

Don Gusmano previó un desenlace tristísimo y lo hizo acostar. El malestar crecía; el corazón palpitaba con vehemencia e irregularidad tales, que no le permitía articular palabra; pero hablaba su mirada limpida y serena que se fijaba en los que le asistían a su cabecera.

¡Entraba en agonía! La desgraciada noticia había juntado a todos los Superiores del Capítulo en torno al lecho del muribundo. Una hora justa duró la agonía, durante la cual se administraron al moribundo los Santos Sacramentos. Entre tanto llegaron los médicos; pero holgaba su labor. Aquel cuerpo fulminado comenzaba a luchar con la vida; desmedidos esfuerzos desarrollaba para concentrar y mantener vivo y lúcido el pensamiento.... después parecía que



El Rdmo. Sr. Dr. D. PABLO ALBERA
Superior General de la Pía Sociedad Salesiana.

rezaba..., el frío invadió sus miembros... momentos después, los dedos secos de la muerte cerraron sus ojos, y por su boca entreabierta salió su alma, como un suspiro de amor a Dios.

La noticia de la muerte de Don Albera se esparció en un momento como fuego sobre un rengueo de pólvora, despertando en todos un sentimiento vivísimo de dolor, un desconsuelo inmenso por la pérdida de aquel sacerdote cuya frente se hallaba circundada por brillantísima aureola de santidad y veneración ante el pueblo turinés. Y así, del ambiente de la intimidad, por así decirlo, la infiusta noticia corrió por la ciudad de boca en boca, y en las plazas más céntricas, y en los barrios más apartados no se oía otra cosa que comentarios tristes y relaciones dolorosas de la muerte del Superior General de los Salesianos. Don Albera gozaba de veneración, y era estimado por multitud de gente que lo conocían por haber tenido la fortuna de acercarse a él, o haber recibido en momentos difíciles protección y ayuda.

La capilla ardiente.

Las dos y media de la tarde serían cuando el cadáver de Don Albera bajaba en hombros de cuatro salesianos las escaleras de su alcoba, seguido de un reducido número de Superiores y amigos que lo acompañaban, y era depositado en la iglesia sucursal del templo de María Auxiliadora. Es aquella de reducidas dimensiones, y a la hora en que fué depositado el cadáver se hallaba enlutada con paños fúnebres en cuyo fondo oscuro se destacaban alegorías de la muerte encuadradas en orlas de ornamentación severa y entre galones de plata y blanco. En el centro de la iglesia se alzaba un catafalco, sobre el cual fué puesto el cuerpo de Don Albera. La muerte reflejaba todo lo que puede tener de hermosa en aquel rostro venerable y marmóreo. Los labios sutiles se veían suavemente desplegados, como cuando sonríe. Sus ojos escrutadores y claros se adivinaban bajo el velo de los párpados; la frente nimbada con la blancura de sus cabellos y surcada de arrugas, huellas de continuos y nobles pensamientos. Aquella cabeza tenía toda la majestad de una escultura modelada por un genio. El cuerpo, empero, se perdía bajo las ropas talares. A nuestras miradas se ofrecía D. Albera incorpóreo, espiritualizado... Sus manos bondadosas cruzadas sobre el pecho eran dos puñados de apretada nieve, sobre cuya blancura se destacaban las cuentas del rosario y los brazos de una crucecita. Eran objeto de todas las miradas aquellas manos delicadas, inertes, que habían gobernado con firme pulso por tantos años el timón

de la Congregación, no sin que se atravesaran en su gobierno épocas críticas y sangrientas. Una ola de gente comenzó a invadir la pequeña iglesia que muy pronto se vió llena y en continuo movimiento de personas que entraban, se detenían a rezar ante el cadáver, y salían para dejar lugar a aquel cordón larguísimo que obstruía la entrada. Allí se juntó medio Turín sin distinción de sexos, clases, edades y condiciones: allí se mezclaba el potentado con el pobre harapiento, el militar y el estudiante, la noble dama y la humilde servienta, ancianos decrepitos y vivarachos niños... ¡muchos niños! La niñez de Turín en masa ha desfilado ante Don Albera, con timidez y respeto, casi de puntillas, como si temiera turbar el sueño del Padre indulgente.

Todos acudían a él en demanda de una bendición, poniendo como prenda de ello al contacto de sus manos venerables, objetos entregados a cuatro Salesianos que guardaban el cadáver de todo atropello que pudiera occasionar cualquier empuje del cordón viviente; los cuales objetos eran recibidos con veneración, besados y guardados como reliquias por sus respectivos dueños. Un anciano se acercó tembloroso al féretro, se arrodilló, sacó del bolsillo del chaleco un reloj con tapas de amarillo azófar, deslucido por el uso y por los años, y al contacto con las manos del difunto exclamó en piamontés: « ¡Bendicid, oh amado Don Albera, el poco tiempo que aun me resta de vida! »

Y el alma de Don Albera, en la paz del eterno reposo donde mora sin duda, habrá escuchado las plegarias ingenuas y amorosas de aquellos corazones sencillos que le amaban con delirio.

La capilla no se cerró hasta las 10 de la noche, y durante ésta fué velado el cuerpo del difunto por Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y numerosos Cooperadores.

Al día siguiente, a las 5 de la mañana, se abrieron de nuevo las puertas de la iglesia, y comenzaron las misas. Era domingo, y por esta circunstancia la gente acudió de nuevo en mayor número. Las misas se sucedieron hasta las 10; a las 11 y media llegó S. Ema. el Cardenal Cagliero, celebró misa en su aposento, y enseguida visitó el cadáver. A la 12 fueron cerradas las puertas, para no volverlas a abrir hasta las 3 de la tarde, hora fijada para la procesión fúnebre.

ImpONENTE MANIFESTACIÓN FÚNEBRE.

No fué una mera ceremonia; ni menos un acto oficial desposeído de sincero afecto; el entierro de Don Albera fué una espontánea apoteosis cristiana, un testimonio más de fidelidad salesiana. Rara vez se ha visto en Turín

despertar el cadáver de un anciano tanta veneración, tanto respeto.

A las dos de la tarde las calles que llevan a la barriada de Valdocco eran otras tantas arterias de gente que iba concentrándose en el lugar de donde había de partir el cortejo fúnebre. De los barrios más apartados, muchos de ellos, como quieren los moradores del interior, guardadas a propósito para diablos, mandaron representaciones compuestas de miles de personas. Media hora después, la plaza era intransitable. En el patio mayor del Oratorio se agrupaban numerosísimas representaciones con sus banderas a la cabeza. Una tras otras van llegando y ocupando su lugar designado. Imposible contarlas; en menos de una hora son más de cien, momentos después pasan de doscientas. A la hora de la salida, en el gran patio no cabe un alfiler, pues se halla completamente lleno de elementos juveniles asociados que aguardan sólo la señal de partida.

Entre tanto, en el jardincillo que se hace a la entrada de la pequeña iglesia, se van reuniendo el duelo y las autoridades, mientras en la gran plaza que rodea la Basílica se estrecha la gente de manera, que es imposible dar un paso, porque allí no se divisa otra cosa que un mar de cabezas y algunas banderas que han quedado rezagadas.

Forman el duelo los Superiores del Capítulo y los parientes del finado, recién llegados de None y Pinerolo a dar el último adiós a uno de sus augustos miembros. Son mujeres modestas, en cuyos semblantes se pinta el dolor, y cuyos ojos hinchados y rojos vierten sin cesar amargas lágrimas. Son hombres de manos callosas, de tez bronceada y mirar duro, como el trabajo a que los sujetaba la tierra, de la cual han de arrancar el sustento con el sudor de su rostro.

Entre las autoridades se hallaban presentes los Obispos Mons. Perlo, Vicario Apostólico de Kenia y Mons. Masera, obispo de Colle Val d'Elsa, ambos con ornamentos pontificales. Se hallaban además representaciones de la Casa Real, de S. A. la Princesa Laetitia, de los Duques de Saboya y del Clero; el Gobernador de la ciudad de Turín, muchos comendadores; el alcalde y varios concejales; infinidad de títulos de nobleza; los Cónsules de algunas naciones, y representaciones de casi todas ellas.

A las tres en punto comenzó a desfilar el entierro. En vista de la inmensa concurrencia fué preciso momentos antes de empezar la marcha, modificar el itinerario y prolongarlo, para que la cabeza del cortejo fúnebre no llegara al punto de partida antes de que hubiera arrancado de él el coche. Hora y media tardó en moverse éste desde que comenzó a abrirse la marcha de la

procesión. Más de cincuenta mil personas formaban las filas, y más de otras tantas la presenciaban desde las aceras. Y en estas, y desde los balcones, y en cada grupo de los que formaban el cortejo, no se oía otra cosa que un sublime concierto de plegarias que se elevaban al cielo como suaves aromas de incienso. Valdocco entero se había convertido en un templo inmenso, cuyas columnas arrancaban de los edificios y se alargaban hasta perderse en el azul del cielo, bóveda hermosa de aquel grandioso templo. Todos rezaban el rosario en voz alta, y a todos embriagaba la emoción suave de piedad y de consuelo que penetra en el alma con la oración. No faltaba en aquel concierto la voz del desgraciado. Ochomil albergados en el Hospital del Ven. Cottolengo se apiñaban en las ventanas, uniendo su voz a las del cortejo; y hasta en el mirar estúpido de aquellos deformes cretinos y de aquellos infelices idiotas, los más desgraciados moradores de aquella casa donde el dolor tiene su asiento, parecía brillar un rayo de inteligencia, ligero y rápido como el parpadeo de una estrella.

Grupos de municipales y de la Guardia Real se destacaron en varios lugares del recorrido y otros a los lados del coche rendían honores, acompañándolo durante el recorrido con el arma a la funerala. Detrás del duelo venían las autoridades y representaciones de las diferentes nacionalidades; a continuación una columna compacta de amigos, y, por último, una fila interminable de banderas con grupillos de asociados detrás de sus enseñas respectivas. Allí holgaba todo elemento oficial mantenedor del orden. Aquella inmensa oleada de cincuenta mil personas se ordena y mantiene su puesto por sí misma. Y así, el coche fúnebre escoltado por la guardia real y por un grupo de huermanos de guerra, los predilectos del malogrado Don Albera recorría en triunfo las calles de Valdocco, bañado en la dorada luz de una tarde espléndida de otoño, ataviada con todos los encantos de una melancolía dulce y soñadora.

Serían las seis cuando el coche fúnebre llegaba a las puertas del Santuario; a la entrada de éste aguardaba al cadáver el Cardenal Cagliero. La iglesia se llenó de bote en bote, y multitud de gente se agolpaba a las puertas. Cantóse un responso, invocó el Cardenal las bendiciones y el eterno reposo sobre el difunto, y fué dejando la gente poco a poco el templo, mientras las asociaciones que aun quedaban en la plaza desfilaban a la luz mortecina del crepúsculo, que agonizaba por momentos.

A la 9'30 del día siguiente, se celebraron los funerales de cuerpo presente en la Basílica de María Auxiliadora. El templo estaba llenísimo de

gente del pueblo, Autoridades y representaciones. Pontificó S. Ema. el Cardenal Cagliero, con asistencia pontifical de los Excmos. e Ilmos. Mons. Pinardi, Obispo Auxiliar de Turín, en representación del Emro. Cardenal Arzobispo; Mons. Masera, Obispo del Colle Val d'Elsa; Mons. Perlo Vicario Apostólico de Kenya y Mons. Scapardini, Arzobispo de Vigevano.

Hallábase presente el Colegio de Páracos de Turín, representaciones de Institutos religiosos de ambos sexos, asociaciones católicas de obreros y de círculos con bandera, etc. etc.

A las once y media terminó el pontifical e inmediatamente se cerró la Basílica.

Por la tarde a las dos, a puertas cerradas, se procedió a soldar la caja de cinc, cubierta de madera, que guarda tan preciosos restos. Por última vez vieron aquellas facciones venerables todos los Salesianos del Oratorio, los Directores de casi todo el Piamonte y un crecido número de Hijas de María Auxiliadora. El cadáver conservaba perfectamente las facciones como si estuviera vivo. Colocóse en él antes de cubrir y sellar el féretro, un tubo de vidrio que encierra un pergamino artístico, lleno de firmas de casi todas las Autoridades civiles y eclesiásticas que acudieron al entierro. Traducido el escrito dice así:

«En el nombre de Dios. Amén. La piedad filial colocó en esta urna los restos mortales del llorado Rdmo. Don Pablo Albera, que vió la luz en Nono el 6 de junio de 1845; fué elegido Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana el 16 de agosto de 1910, muerto el 29 de octubre de 1921, el año VII del pontificado de S. S. Benedicto XV, y XXII del reinado de Víctor Manuel III de Saboya, gobernando la Archidiócesis de Turín el Emro. Cardenal Richelmy. Segundo Sucesor del Ven. Don Bosco consolidó y expansionó en el mundo la obra de sus predecesores; fundó nuevas misiones, se ofreció como padre a innumerables niños, huérfanos de la sangrienta guerra, fué testigo de la apoteosis que un pueblo tributó a su Ven. Padre en la inauguración del monumento erigido en su honor, y enlazó el jubileo de sus bodas de oro con el de María Auxiliadora».

El féretro, oculto en un carro fúnebre, seguido de los coches que ocupaban el duelo y el acompañamiento, salió del Oratorio después de recibir el último adiós de los niños formados en los patios del mismo.

A Valsálice.

La conducción de los restos mortales a Valsálice se efectuó en forma privadísima. A la llegada del coche conductor se hallaban presentes el Emro. Cardenal Cagliero, los Superiores del

Capítulo, muchos Salesianos, Hermanas, Cooperadores y representaciones de Círculos y Asociaciones con banderas. Todos aguardaban en el espacioso patio del Colegio de Misiones extranjeras, situado a las afueras de Turín.

El cadáver fué recibido por el Director del Seminario que precedía a los seminaristas revestidos de sobrepelliz. Cantaron éstos la antífona *Beati mortui*, mientras el Cardenal se revestía los ornamentos sagrados y se disponía la gente para dar la vuelta en procesión por los patios del colegio. Durante aquella se impresionaron varias cintas cinematográficas.

Subido el cadáver a la capilla, rezó el Cardenal las absoluciones de rúbrica, y enseguida tejió un elogio conmovedor en extremo, del difunto, evocando al mismo tiempo la figura de Don Bosco y de Don Rúa, y trazando a grandes rasgos el admirable desarrollo de la Congregación en todo el mundo, durante el tiempo que la gobernó el llorado Don Albera.

Los restos mortales descansan bajo el pórtico de la capilla que guarda las reliquias sagradas de Don Bosco.

Al lado de estos dos colosos de la caridad y del trabajo hallan descanso digno, y reposa aquel corazón compasivo y remediador de tantas desventuras. Y con Don Bosco y con Don Rúa seguirá dispensando su protección a la Sociedad Salesiana, a sus Cooperadores y beneficiados, para llevar a cabo la misión que constituyó el aliento de su vida: la gran obra de la fraternidad cristiana y del amor.

Los Miembros del Capítulo Superior

agradecen a los señores Cooperadores y amigos de las Obras Salesianas las demostraciones de duelo recibidas con ocasión de la dolorosa muerte de su Rector Mayor, al mismo tiempo que ruegan a todos sus Bhienechores se dignen continuar dispensando su caridad hacia dichas Obras, dirigiendo los donativos y correspondencia, durante la vacante del Rector Mayor, al

M. Rdo. Sr. D. FELIPE RINALDI

Prefecto General de la Pía Sociedad Salesiana

Via Cottolengo, N, 32

TURIN (9)

Para el tercer centenario de la muerte de San Francisco de Sales

Todos los festejos proyectados en las casas de la Pía Sociedad Salesiana para conmemorar el tercer centenario de la muerte de su glorioso Titular y Patrón, se basarán en el siguiente programa.

I - Sección religiosa.

1.^º El 28 de diciembre de 1921, día que determina la apertura del año centenario, se guardará fiesta en todos los Institutos Salesianos, y en tal día se citará a los alumnos para celebrar cultos solemnes en honor de nuestro preclaro Patrón, con objeto de alcanzar por su valiosa mediación exuberancia de bendiciones espirituales para toda la Obra Salesiana.

2.^º La Familia Salesiana en su triple manifestación celebrará la fiesta de S. Francisco de Sales del año de 1922 con toda la mayor solemnidad que esté a su alcance. En todas las Casas precederá a la fiesta una novena o triduo predicado, y en nuestras iglesias públicas durarán los festejos tres días consecutivos.

3.^º Celébrese también durante el año jubilar con especial devoción, el primer viernes de mes, en memoria de haber sido S. Francisco el iniciador de la devoción al Sagrado Corazón, o según expresión de Sta. Juana Francisca de Chantal, «el hijo predilecto del Sagrado Corazón de Jesús».

4.^º Revestirá asimismo particular esplendor la fiesta del Sagrado Corazón, que acostumbra celebrarse todos los años en las Iglesias y Colegios salesianos.

5.^º Por último, el 28 de diciembre de 1922, aniversario tres veces secular del glorioso tránsito de nuestro Titular y Patrón, será dedicado a rendirle nuevamente devoto homenaje.

En tal día o el último de año, según la oportunidad, se cantará en todas las iglesias salesianas un solemne Tedéum de acción de gracias, que pondrá remate a las fiestas centenarias.

II - Sección conmemorativa.

1.^º Dispónganse los niños de las Escuelas y Oratorios Festivos Salesianos a la celebración de las próximas Fiestas Jubilares, mediante previa y adecuada preparación, la cual se llevará a cabo

por medio de conferencias sencillas, al alcance de la tierna inteligencia del auditorio; serán también estimulados los niños a celebrar una velada musical literaria, con objeto de informar al público en el conocimiento de la vida de nuestro Santo, mayormente en el período de su juventud.

2.^º En todos los Colegios Salesianos se realizará en tiempo que se juzgue más oportuno, un acto conmemorativo solemne, con el mayor número posible de invitados, sin exclusión de clases. En dicho acto se pondrá de relieve la figura moral del Santo de la mansedumbre y de la dulzura.

3.^º Promuévanse en cada Inspectoría o Casa Salesiana, reuniones de jóvenes, cuya mira sea reproducir en su espíritu las virtudes que caracterizaron a S. Francisco, y principalmente su afabilidad y dulzura encantadoras y su fortaleza de subidos quilates: virtudes todas ellas, que brillaron ya desde la niñez con todo su esplendor en nuestro Santo.

4.^º Iníciense también en las Inspectorías Salesianas y en las naciones donde se cuenten residencias, reuniones locales y nacionales de Cooperadores y Exalumnos; en las cuales, al mismo tiempo que se resuelvan diversas cuestiones sugeridas por necesidades de cada organización local, siryan para tributar, al fin de las mismas, un homenaje de reconocimiento y alabanza a nuestro Titular.

5.^º En tiempo oportuno se iniciarán también reuniones internacionales en la forma que se acaba de indicar; ellas tendrán por objeto abrillantar más la figura del Santo, y sobre todo, evidenciar el influjo de su doctrina en la Iglesia Católica, y el de su espíritu en nuestra Pía Sociedad Salesiana.

6.^º Durante el año jubilar el Boletín Salesiano se constituirá propagandista y divulgador de pensamientos y máximas del Santo, al mismo tiempo que informará a sus lectores de todas las publicaciones que vean la luz en el curso de este centenario.

Queda al arbitrio de los señores Inspectores y Directores, integrar el presente programa con otros números, donde las circunstancias locales lo requieran, siempre que ello añada mayor esplendor a la solemnidad con que se celebren los referidos festejos.

Por la buena prensa

Uno de los extensísimos campos en que el Cooperador celoso puede desenvolver sus energías; deber principalísimo, que le incumbe así en la vida privada como en sus relaciones con la colectividad, es la difusión de la buena prensa.

Don Bosco persistía de tal modo en esta obligación general para todos los cristianos, que ya desde los comienzos de su misión sacerdotal estableció una piadosa Unión, cuyo cometido era oponer un dique sólido a la inundación de la prensa impía. Las mismas obligaciones que entonces señaló a los socios de la piadosa Unión, dejó trazadas más tarde a los Cooperadores Salesianos.

No intentamos en estas columnas poner de manifiesto la necesidad que se deja sentir entre nosotros de oponer un remedio vigoroso y radical a la acción destructora y deletérea de la mala prensa. Cada cual en su esfera, y según el alcance de sus conocimientos, puede echar de ver esta obligación apremiante, con solo pararse a considerar el estrago que ocasiona la dosis de veneno sutilísimo infiltrado gota a gota en las almas por el libro pernicioso, el periódico impío, y demoledor y el folleto pornográfico. Este deber no puede escapar a nuestro conocimiento, y menos a nosotros, Salesianos y Cooperadores, que nos honramos con llevar el nombre, derivado de S. Francisco de Sales, patrono y protector de la buena prensa. ¡Felices nosotros, y mil veces también dichosa la sociedad, si cumplimos como buenos en la ejecución de obra tan laudable y restauradora! Sería la manifestación más espléndida de honor y afecto con que podemos obsequiar a S. Francisco en su centenario.

Dejando a un lado toda pretensión, apuntaremos sencillamente algunos procedimientos para organizar y metodizar la labor individual tocante a la cuestión que nos ocupa, con objeto de llegar a resultados positivos y eficaces.

La obra de difusión de la buena prensa puede desenvolverse en dos esferas distintas. La primera, de límites reducidos, abarca en ellos el periódico, la revista, etc.; en general publicaciones diarias o periódicas de poca extensión.

La segunda, más sólida, de mayor tomo, y de horizontes más dilatados, sólo admite en su contenido el libro; su objeto es, por tanto, la formación de bibliotecas.

1º. El periódico, el diario, la revista, propagadores de la cultura al por menor, vehículos inmediatos del veneno o contraveneno al alcance de todo el mundo, llevan sus efectos vincu-

lados al color de sus ideas, al género de noticias, a los sucesos que narran y a la facilidad con que se ingieren y hallan cabida en toda clase de personas, en cualquier ambiente, en toda localidad, sin distinción; y por el contacto continuo y fácil en que se halla con el pueblo, precisa este género de prensa mucha vigilancia, esmerado cultivo, e incesante cuidado.

Ahora bien, la acción que debe desenvolver el Cooperador se halla concebida bajo doble aspecto: *negativo* y *positivo*. La acción negativa se realiza declarando guerra al diario subversivo, primeramente no leyéndolo, y en segundo lugar, cerrándole la entrada en casa y haciendo desaparecer cuantos llegan a mano.

Pero limitarse únicamente a labor negativa sería contentarse con lo mínimo; es preciso realizar labor positiva, propagando la buena prensa y sosteniéndola, contribuyendo a su difusión y desarrollo con medios pecuniarios, según el alcance de cada cual, y sobre todo, haciendo subir el número de lectores.

Por consiguiente, el Cooperador celoso se dará maña para que sus amigos retiren el abono a los periódicos nocivos o menos buenos, al mismo tiempo que deberá tener en cuenta el carácter, las necesidades y gustos de aquellos, con objeto de aconsejarles y hacer llegar a sus manos el periódico que más se ajuste a su condición, el más útil, el más atrayente para ellos. Así, por ejemplo, a los niños, en los cuales predomina una fantasía vivísima y siempre ávida de aventuras, se les podrá aconsejar periódicos y revistas que hablen de Misiones, y a los muchachos mas crecidos, formales y serios se les pondrá en las manos revistas de cultura.

Es también notorio que hay categorías de personas que leen un periódico con preferencia a los demás, porque suele llevar una sección que les interesa de un modo especial, y cuya forma literaria los atrae vivamente. Y ahora preguntamos ¿sería difícil (previa información de personas competentes en la materia), hallar un periódico bueno de la misma talla informativa que el no bueno, y cuyo cuerpo de redacción lo constituyan personas tan competentes como los que entran en los formados por aquellos?

Una manifestación de propaganda, insignificante en apariencia, es la de pedir con insistencia periódicos buenos en los kioscos y demás expendedurías, y dejarlo a la descuidada, en los centros de recreo, en los hoteles, en el tranvía, en el café, en la peluquería, etc., o hacer de ma-

nera que logre la entrada en los referidos establecimientos.

No será labor perdida organizar una brigada de muchachos que, esparcidos por las calles a la hora de salida de la prensa, anuncien el diario católico, y lo faciliten a los transeúntes, adelantándose a ofrecérselo. Una ligera recompensa como premio a los miembros de esta liga humildísima, es cierto pero sumamente fructífera, servirá para desatar la timidez y respeto humano que pudiera encogerles al principio, para predicar de buen grado el diario, cuya circulación nos proponemos.

Medio de propaganda, que bien empleado puede reportar exquisitos frutos, sería designar en los pueblos y ciudades varios centros concurridos y muy conocidos, en los cuales sea posible la lectura gratuita del periódico. Sería digno de alabanza el que, después de haber leído el diario al cual está suscripto, lo pasara después a los referidos centros donde quedase a disposición de los que quisieran aprovecharse de su lectura. Dígase otro tanto de las revistas, folletos, etc. No faltarán personas que presten su cooperación a obra tan salvadora.

En todas estas formas juega un papel importantísimo la acción individual; pero con frecuencia puede encallar en dificultades de mil géneros. Es, por consiguiente, cosa muy acordada trabajar al abrigo de una Junta, por medio de la cual los socios se presten mutuo apoyo, y la labor de unos estimule y secunde la de los otros, y viceversa.

En no pocas diócesis, por no decir en todas, hay establecidas *Secretarías Diocesanas para la difusión de la Buena Prensa*, dependientes de las Juntas diocesanas. Es, pues, necesario coordinar la acción individual con la directiva, y mantener estrechas relaciones con ésta y perfecta conformidad en sus acuerdos, a fin de multiplicar energías, recibir con oportunidad auxilios, consejos, folletos, libros de propaganda, de utilidad práctica, adaptados a las necesidades y al ambiente de cada región.

Hemos consignado arriba el otro campo de acción, cuyo programa abarca exclusivamente la difusión del buen libro; acción menos inmediata, si se quiere, pero no menos benéfica y seria, la cual se halla compendiada en el establecimiento de *Bibliotecas Circulantes*.

Como primera providencia, es necesario el nombramiento de una Junta compuesta de personas serias y competentes, porque en instituciones de este jaez y en otras similares, con facilidad la acción individual, inclinada de suyo a perderse en un mar de dificultades reales o aparentes, necesita un empuje vigoroso que la saque a flote, preservándola así del naufragio.

Una vez formada la Junta, su primer trabajo será allegar fondos con que dar origen e infundir nueva vida a la Biblioteca que se pretende abrir. La cuestión puede resolverse recurriendo a personas piadosas y hacendadas del lugar, o echando mano de los expedientes de beneficencia público colectiva, como serían: tómbolas, funciones benéficas, suscripciones, Bancos y Cajas de beneficencia, y mil otros recursos que con facilidad se hallan al alcance de la caridad ingeniosa.

Una vez hecha la recaudación de fondos, urge pensar en adquirir los libros, a cuya selección, que tanta responsabilidad acarrea, deberán concurrir personas cultas, conocedoras de los autores y cada una de sus obras. Si no se tuviere conocimiento de algún libro, no se proceda a su adquisición sin antes haber pedido consejo a persona de reconocida competencia.

Ha de reinar variedad en la compra, teniendo siempre en cuenta la calidad de lectores a los cuales se destina la Biblioteca. No faltarán en ella lecturas religiosas y ascéticas, sociales y morales, manuales de agricultura e industria, sin excluir novelas y cuentos que deleiten, al paso que robustezcan el espíritu.

Podrá implantarse la Biblioteca en algún Círculo católico, en la Casa parroquial, o también en el domicilio de cualquier persona piadosa y distinguida, siempre que las circunstancias, de acuerdo con la prudencia, aconsejen como más conveniente lo contrario.

Donde se juzgue acertado, se puede imponer una cuota fija pagadera al tiempo de retirar el libro; dicha cuota se destinará al funcionamiento, renovación y ampliación de la Biblio-teca.

Mas tarde, cuando ésta se halle con provisión más que suficiente de elementos, y con manifestaciones de vitalidad pujante, entonces es el caso de lanzarse al encuentro de almas que agonizan en tinieblas buscando la verdad y la luz, y alumbrales el camino con fe y corazón de hermano, con generosidad y amor, como lo hacía el Ven. Don Bosco, que se humilló y no aguardó a que se llegaran a él las almas, sino que fué en busca de ellas con inefable ternura.

Desígnense, por último, para la distribución de los libros personas que reúnan en sí la piedad con la cultura, dotadas de cierta instrucción que los guíe para dar con acierto y precaución los libros, teniendo en cuenta los caracteres y necesidades morales de los lectores.

No dejará Dios de fecundar y bendecir nuestra labor animosa, desinteresada y sin otra mira que llevar un rayo de luz y de esperanza a las inteligencias y a los corazones hambrientos de verdad y de bien. Contribuiremos eficazmente a propagar y extender el reino de la Verdad y a

modelar las conciencias en los troqueles de la honestidad y del bien más puro y acendrado.

Abriguemos la firme persuasión, celosos Cooperadores y animosas Cooperadoras, de que la difusión de la buena prensa es una forma de apostolado moderno necesario en extremo para convertir multitud de almas, impedir la caída de otras en el error, y mantener un número aún mayor en el fervor e integridad de la vida cristiana.

Contra la moda impúdica.

En el Congreso regional de Exalumnas de las Hijas de María Auxiliadora, celebrado últimamente en Roma, despertó sincero entusiasmo una carta de S. Ema. el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de S. S., en la que hacía saber que el Papa se mostraba complacido del Congreso, al mismo tiempo que abrigaba fundadas esperanzas de que las jóvenes concurrentes a él «desplegarían su actividad de un modo especial y eficaz en combatir la moda impúdica que tan enormes estragos está causando en las buenas costumbres y en la moral cristiana».

Formaron el nervio de lo tratado en la reunión los deseos manifestados por el Sumo Pontífice, y nosotros nos complacemos en dar aquí informes a nuestros lectores acerca de dicha reunión confiados en que todas las señoritas Cooperadoras, y particularmente las asociadas a la Unión de Exalumnas, habrán de formar una liga santa para combatir energicamente tan funesta plaga.

«La palabra moda, dice la ralación, es hoy sinónimo de escándalo. Paseando por las calles de la ciudad tropezamos frecuentemente con señoritas graves y señoritas enmascaradas que nos dan la sensación de hallarnos en perpetuo carnaval, o en contacto con los infelices moradores de las Pampas y de la Tierra del Fuego. Y este atentado a la honestidad, cuya reparación se verifica a costa de inauditos esfuerzos desplegados por celosos misioneros, priva hoy entre nosotros porque se ha hecho objeto de moda.

¿Qué es la mujer? ¿Qué es la sociedad? La mujer, la madre en los tiempos que corremos tergiversa el concepto de tal y su misión; entiende haber cumplido con fidelidad su cometido de sacerdotisa del hogar, porque, envuelta en un mundo de ocupaciones de tocador, visitas, fiestas, recepciones y teatros, ordena a sus criados que adornen con elegancia los salones, o porque ha hallado un momento para dar una escapada y ver de prisa a su lindo *bébé*, que se pasa el día cosido a las faldas de la niñera o de la institutriz, a quienes profesa mayor cariño que a su madre, porque así se lo acreditan sus continuos servicios.

Los hombres de todos los tiempos han admirado la seriedad de la mujer, han reconocido siempre la sublimidad e importancia de la misión femenil; nos limitaremos a escoger entre mil testimonios las siguientes palabras de Napoleón I. «La prosperidad de la nación se labra en las rodillas de la madre». La corrupción de un país puede tener sus raíces en el exceso de riqueza y poderío de que disfruta; pero sobre todo, y con más profundidad, en el lujo, en la moliecie, en la moda provocativa: plagas todas ellas juntas y cada una por sí, para arrastrar a los pueblos a la decadencia y a la muerte.

Fruto de este congreso ha de ser la formulación de este propósito santo: declarar guerra abierta hasta arrinconarla a esa moda indecente que se pasea por calles y plazas; y que esta noble cruzada que emprendemos no se limite a palabras, sino que debemos hacerla efectiva con el ejemplo. Y, puesto que *moda* y *ejemplo* arrastran, no nos contentemos con meras exhortaciones por buenas que sean, sino que, imitando a nuestras hermanas de América y Niza, formulemos un código para combatir esa moda indecorosa.

Luchemos de palabra y mostrando al mundo con intrepidez nuestro ejemplo de modestia que echa lejos de sí toda simulación y excluye hasta el deseo de contemporizar.

Nuestro vestido de paseo no ha de sufrir positzos destinados a cubrir desnudeces al tiempo de presentarnos ante nuestras queridas Superiores. Lejos de nosotras esos escotes *vergonzantes* que se mantienen a medio declarar por la suave presión de un alfiler; a un lado esas desnudeces del brazo mal pliadas, con la suave piel de un guante largo. Como nos presentamos en la Mesa Eucarística, como entrariamos a visitar el colegio que frecuentamos en nuestra niñez, hagamos gala en las escuelas, en los despachos, en sociedad: donde quiera que vayamos, sin atender a las risas burlonas de quien ha perdido hasta la noción más elemental de cristiano pudor, hagamos gala de esparcir en torno nuestro el suave perfume del rubor cristiano, incapaz de scandalizar al ojo más puro, y de levantar violentos huracanes de pasión rastrera en los corazones de los que han de tratar con nosotras.

Aunemos nuestras fuerzas para combatir también el lujo desenfrenado, ese monstruo insaciable que disipa los modestos sueldos de tantas jóvenes obreras y oficinistas que pretenden confundirse con lo granado de la aristocracia, haciendo ostentación fastuosa de vestidos y sombreror, y avergonzándose de morar en viviendas humildes, y de presentarse en público en compañía de sus padres. »

DE NUESTRAS MISIONES

CHINA

La revolución. - Peligro que corrieron dos misioneros.

Desgraciadamente la provincia de Kouang Toungh se agita hoy convulsiva bajo la garra de la revolución. Puede decirse que fué dicha provincia la primera en alzar bandera de rebelión en 1911 contra la dinastía de Manciu, que a la sazón ocupaba el trono imperial, para volver momentos después a la lucha en defensa de la independencia del nuevo gobierno de Pekín. Acosada por la necesidad de escudarse contra los tiros del aborrecido dominio del norte, se alzó con gobierno propio: o por mejor decir, con un gobierno compuesto todo él de capitanes aventureros, jefes de bandería. Cada uno de estos reyezuelos tiene reclutado a expensas propias un número más o menos crecido de soldados que le reconocen como soberano, con exclusión de todo otro poder; de suerte que, no obstante la división ficticia entre ellos, cada caudillo se arroga más o menos autoridad, en proporción al número de mastines que le guardan la piel.

El congreso es una forja original de leyes y disposiciones; por cuenta de él corre ianzar al aire decretos y fulminar amenazas a diestro y siniestro. Los cabecillas, si les parece bien obedecer, se someten, de lo contrario alzan bandera de rebelión y muy luego se ven rodeados de sus bravos. Es fácil comprender, por lo que llevamos dicho, cómo las ambiciones, intrigas, traiciones, y con frecuencia también la ruptura de hostilidades, sean aquí el pan de cada día.

Debo consignar que los amagos de guerra, que como nubes de temporal venían acumulándose sobre esta población, eran inminentes durante la visita que hice a Van Fa, y me voy a complacer en narrar su origen y desarrollo.

Todo el territorio de nuestra misión estaba al mando de un Suyanés que hacía mangas y capirotes de su autoridad a todo su sabor. El generalísimo de Yuna, a vista de tales desaguisados, decidió trasladarlo, mandando en substitución de aquel a otro cabecilla a quien acompañó toda su mesnada; pero el destituido, apoyado por el gobierno de Cantón se negó a obedecer. Mediaron órdenes y contraórdenes, cuyo resultado no fué otro que recurrir a las armas y venir

a las manos ambas tropas. El combate se desarrolló en tres puntos diversos: uno, a corta distancia de Cantón; otro, al norte de nuestra misión, entre *Nam Yong* y *Chi Heng*; y el tercero, al noroeste, entre *Yeoung Shan* y *Liu Chow*.

Nuestros dos infatigables hermanos Don Guarona y Don Dalmasso se vieron a dos pasos de la muerte, a causa de estos inesperados sucesos. «Acabábamos de partir de Kam Kong, escribe este último, y nos dirigíamos a nuestro distrito de Chi Heng, cuando, apenas entrados en Nam Song, comenzamos a tropezar con multitud de grupos de fugitivos que abandonaban la ciudad. Las puertas de las casas y de los comercios, cerradas; en los caminos que recorren las afueras de la ciudad, caravanas de militares y paisanos mal vestidos cargados con todo su bagaje a cuestas; por la campiña ni un alma, no obstante hallarse las cosechas en la época de mayor ajetreo. Más adelante topamos con pandillas de soldados, algunos de los cuales mantenían sus posiciones agazapados sobre la colina, al paso que otros emprendían el camino en dirección a la ciudad. Todos nos contemplaban admirados de vernos viajar con tanta despreocupación. Tras larga jornada de tres horas, hicimos alto en Ku Tok, y mientras nuestros faquines se entregaban a los deletereos encantos del opio, nosotros salimos a la calle con intención de dar una vuelta por la ciudad. No vimos en ella alma viviente; las casas mostraban sus puertas abiertas de par en par; pero muy desalojadas de cuanto puede llenar las manos entregadas al saco más espantoso; creímos hallarnos en el corazón de un desierto. Volvimos a nuestros palanquines y emprendimos la salida de la ciudad. No hubimos andado veinte pasos, cuando rasgó los aires el silbido de un proyecto que halló tierra tan cerca de nuestros vehículos, que no dudaría en asegurar haber sido disparado contra nosotros. Un momento de indecisión nos tuvo suspensos; al fin, resolvimos continuar; pero en el mismo punto cien balas pasaron rozando nuestras cabezas. El terreno en que nos habíamos metido está constituido por una serie de colinas, lugar a propósito para emboscadas y guerrillas. Don Guarona, que abría la marcha, agitó en el aire el sombrero en señal de neutralidad, al mismo tiempo que yo desde lo alto de mi silla me imaginaba hallarme sobre un catafalco, para lo cual nada faltaba a mi vehículo, ni la

forma, ni el color de los paños: para decirlo todo de una vez, nos hallábamos en zona de combate (cosa que solo en China puede darse, sin que se halle un alma buena que lo impida), y las balas llovían que era un contento. Pero era el día de la Anunciación y María Santísima nos protegió con cariño de madre. Los faquínes que llevaban en hombros la litera avanzaban serenos y con pie seguro, y aunque paganos, iban repitiendo: — «Padre, el Señor te proteja» y en efecto, salimos ilesos de aquel mal paso. A poco más de cien metros el camino se encarama monte arriba hasta tocar la cima, para después precipitarse serpeando por la ladera opuesta, al pie de la cual nos aguardaba otro nuevo incidente, con el que no habíamos contado. Nos hallamos de manos a boca en medio del ejército de Chi Heng en el momento en que el de Nam Yong se daba a vergonzosa fuga. El mismo general nos hizo llamar y conducir a su presencia; quería entrevistarse con nosotros. Era éste un jovencito vestido de paisano sin más armas que una fusta o latiguillo de montar. Nos pidió noticias de Nam Yong, pero nosotros nos echamos a un lado y respondimos con evasivas. Usó de exquisita afabilidad con nosotros, y nos suplicó entregáramos al generalísimo de Chi Heng un parte breve que él mismo extendió sobre una tarjeta mía de visita, que yo mismo le ofrecí. Mediaron los cumplidos de despedida, y, una vez en camino seguro, concentrámos todas nuestras fuerzas para dirigir un *gracias* salido de lo más hondo del corazón a nuestra Virgen, por haber salido ilesos de tantos peligros». Aquí termina la relación de Don Dalmasso.

Entre tanto la facción de los vencidos hubo de replegarse en Nam Yong. Toda la oficialidad y las autoridades civiles al enterarse de la derrota pusieron pies en polvorosa, y sólo pensaron en poner la pelleja lejos del alcance de los que los buscaban para cebarse en ellos. Dos oficiales que contaban numerosa familia, desconfiando de la seguridad de ésta si los acompañaba, las refugiaron en la casa de la misión, distante de la ciudad a una hora de camino. No habían olvidado que dos años atrás nuestra casa había sido seguro asilo contra la ferocidad salvaje de sus mismos soldados.

Fineza inesperada - Una obra de caridad.

Pasados algunos días a partir de estos lamentables sucesos, dos individuos escoltados por numerosa gente de armas se presentaron en nuestra residencia de Shiu Chow, y sin más preámbulos nos ofrecieron algunos presentes. No acertando a adivinar el motivo de tan exquisita cortesía, me atreví a pedir explicación de lo que estaba viendo; entonces uno de los del grupo con mu-

cho aplomo me respondió: «Vosotros no sois chinos; con todo, no podemos menos de reconocer que sois hombres de bien (era lisonjero el cumplido). Prueba evidente de lo que voy diciendo es la generosa hospitalidad que vuestreros misioneros de Nan Yong han dispensado a nuestras familias.

— No andáis desacertados, respondí yo sonriendo, ahora que os veis acosados por el infortunio os acogéis a la Iglesia Católica, a la cual habéis despreciado hasta hoy con tanta dureza de corazón.

— No, no, se apresuró a replicar. Somos todos hermanos, demasiado sabemos que la Iglesia Católica no tiene otra mira que la de conducir a los hombres al término de su felicidad; yo también creo en la verdad católica y adoro a *Sheong Tai* (nombre que los protestantes dan a Dios), y de ello te pudiera dar evidente prueba postrándome aquí mismo en tierra, en señal de rendida adoración; pero es el caso que ahora tengo los pies muy lastimados y no puedo arrodillarme para unir mi oración a la vuestra; pero puedes estar seguro de que, apenas me dejen estos dolores, haré que todos los aquí presentes adoren a tu Dios, yo inclusive.

— No otra cosa espera el Señor de vosotros, le añadí; ahora decidme sin rodeos qué queréis.

— Te lo diré, respondí. Mi mujer y mis hijos viven en la casa de la misión con todas las garantías de seguridad que cabe ofrecer; por esto me ocasiona dolor tenerlos que sacar de donde ellos se encuentran tan a gusto.

— Perfectamente, seguid.

— Pero es el caso, continuó, que debemos partir para el sur, y me parece que no estará de más que nos acompañen también nuestras familias.

— Conforme, añadí yo, no me disgusta el acuerdo, ante bien me parece muy puesto en razón.

— Así pensamos nosotros, pero sucede que los caminos están tomados por las tropas del vencedor, y si por nuestra mala fortuna nos detienen al pasar, no nos libraremos de probar el plomo de sus balas.

— Y ¿que queréis que os haga yo?

— Quisiéramos que, por favor, nos acompañaras... ten por cierto que este favor no caerá en pecho tan mal nacido, que no te lo sepa agradecer, y a su tiempo, también recompensártelo.

— Pero, repliqué yo, ¿qué sacáis en limpio con que os acompañe; si de todas maneras os han de coger, y habréis de correr la misma suerte?

— De ningún modo; nosotros entraremos en tu compañía, como gente de tu séquito.

— Entendidos pues, » le contesté.

Si bien sus palabras no me infundieron so-

brada confianza, con todo, tratándose de devolver a aquellos infelices sus familias, pensé que, vista la aventura desde cualquier punto, siempre resultaba ser ocasión de realizar una obra de caridad. Accedí sin más a sus deseos, tanto más cuanto que a mí me resultaba indiferente partir antes a *Nam Song* que a *Siu Chow*, y decidióse al punto el día de la salida, cuyos preparativos corrieron a cargo de ellos.

Puntualísimos fueron a la cita el día fijado para ella. Un palanquín de tres hombres para mí, otros dos muy ordinarios para los dos interesados y cinco soldados de séquito: he aquí toda la caravana.

Los dos oficiales, vestidos con ropas vulgares, ocuparon sus asientos, y formaron entre los de mi comitiva el grupo de mis domésticos. Al verlos en actitud tan humilde, he de confesar que sentí pena; pero pensé después que esta humillación no dejaba de ofrecer su lado favorable para ellos, y hasta justo, en vista del desprecio y aborrecimiento profundo con que acostumbran tratar al extranjero. Sin más, subí a la silla e hice señal de partir, confiando la seguridad de mis huesos a las nervudas y resistentes espaldas de mis palanquineros.

El palanquiner.

El palanquiner chino cabe de ordinario en el encasillado de la clase más miserable que se estila por estas tierras; con todo, son gente de fuerza prodigiosa y agilidad sorprendente. Una vez encima de sus hombros el pesado palanquín, emprenden la marcha con pasmosa rapidez, y la continúan casi a carrera tendida, persuadidos de que aligerando el paso, se hace más leve a su vez la carga; y así, andan y andan sin interrumpir la marcha hasta una hora larga de caminata; al cabo de la cual, descansan el tiempo suficiente para tomar un refresco, o echarse al cuerpo un par de tazas de té hirviendo, o algún bizcochuelo de los que se hacen aquí, o dar dos chupadas a la pipa cargada de opio, todo lo cual acarrea un gasto que no sube de cuatro a cinco *sapeche* (unos cuatro céntimos) por individuo. Se apuran las tazas, se apaga la pipa, se vuelve a cargar el palanquín, y otra vez a correr por esos caminos. Hacia el mediodía el alto se hace en el primer ventorro que se encuentra, y en él se descansa lo que dura la comida. Un poco de arroz, otro tanto de verdura cocida, sin ningún aliño, la taza de té, y pare usted de contar. Toda esta maniobra dura diez minutos. Despachada la pitanza, se arrima otra vez el hombro a la carga, y de nuevo a la carrera, como antes.

No hay lugar escabroso, ni agria y empinada cuesta, ni fatigoso pedregal capaces de arrancar

a aquellos hombres un esfuerzo mayor que el que pueden desarrollar cargados con su palanquín por el adoquinado de una calle sin pendiente. El solo intentar apearse del palanquín para aligerarles la carga, no lo sufren y con dificultad lo consienten. ¡Cuántas veces en mis viajes me he visto sobre las perchas flexibles de bambú suspendido al borde de un profundísimo barranco, o sobre el vacilante y estrechísimo puente de un torrente, cuyas aguas se despeñan con una rapidez capaz de provocar el vértigo en la cabeza más serena! ¡Cuantás y cuantás en semejante conjuntura me vi presa de un calofrío que corría por todo mi cuerpo, al pensar que sólo un paso dado en falso por uno de mis conductores bastaría para dejar mi cuerpo hecho polvo en el fondo de una barranca o en las fauces del monstruo que ruge por entre las quebradas de oscuros torrentes, casi ocultos por matas de espinos, y de maleza!

Allí huelga todo temor; nuestros hombres poseen una elasticidad a toda prueba «*Siao Sim!*» En estas dos palabras queda sintetizada la psicología del palanquiner en tan difíciles pasos. « Reduce el corazón, sujetalo, concéntralo, no lo dejes vagar, aparta de él todo otro cuidado ». El corazón es para aquellos hombres curtidos la sede del pensamiento, de la imaginación, de la inteligencia, y también en parte, de la voluntad. « !*Siao Sim!* » Siempre adelante, impasibles fríos, serenos, voloces, seguros... Sus músculos se contraen y se estiran, se retuercen y se extienden como si fueran de goma, diríase que son acróbatas consumados. Parece asimismo que sus pies tienen la propiedad de adherirse y cogerte a las escabrosidades del terreno, a los maderos que salvan los ríos: parecen algo así como extremidades de cuadrúmano.

En todos mis viajes, que son muchos, jamás me ha acontecido incidente grave por parte de mis conductores. Sólo puedo contar algún tropiezo, de tanto en tanto, que da con alguno de ellos en tierra; pero sucede siempre en terreno llano, cuando el trayecto no exige especial atención, cuando no precisa recurrir al resorte psicológico de «*Siao Sim!* » en algún caso de éstos suelen caer; pero caen con todas las del arte; porque, una vez en tierra, permanecen inmóviles hasta tanto que la silla y el que va sentado en ella no se hayan asegurado, evitando así agravar el incidente con movimientos que no deben entrar en la cuenta.

La primera vez que fuí espectador de semejante maniobra quedé alarmado un buen trecho, convencido de que el pobrecillo caído que no bullía pie ni mano debajo del palanquín, había acabado su vida con el golpe; pero no hube puesto el pie en tierra y bajado de mi asiento, cuando

lo vi alzarse tranquilamente, darse dos palmadas en la parte dolorida, coger la piedra causante del tropezón, reflexionar un instante sobre ella, echarle la imprecación de rúbrica: « ¡Así tropiece tu madre! » y con mucho aplomo retirarla a un lado del camino, para que no tropiece el que venga detrás; después, volver a ocupar su puesto entre las risotadas y pullas de sus compañeros.

Estas desventuradas criaturas son en su mayoría empedernidos fumadores de opio; sin embargo no faltan cuadrillas bien organizadas, que no sólo declaran guerra al opio, sino que además hacen gala de la más exquisita cortesía: ejemplo de ello son nuestros palanquineros de *Shiu Chow*. Distinguense por su jovialidad singularísima: cantan y broncean alegremente, aún en los pasos más difíciles y arriesgados. Con el cuerpo desnudo hasta la cintura y bronzeado por el sol, la piel brillante del sudor que les corre formando regatos a lo largo de la espalda, del pecho y de los brazos, caminan a gran velocidad, suavizando las durezas de la jornada con dichos finísimos y agudos. Si alguna vez se levantan altercados por la desacertada elección del camino, todo ello no pasa de palabras; basta un dicho agudo vuestro para disipar el nublado. « ¡Mira, dicen, mira con qué nos sale ahora el Padre! » Rompen en una cascada de risas, y allí concluye todo. Al llegar al sitio donde debe reposar la caravana, antes de procurarse para sí, piensan ellos en acomodarlos a vosotros. Si paraís en una venta, os eligen la pieza mejor, os preparan el lecho, os guisan la comida; en fin, usan con vosotros aquellas delicadas atenciones de que seríais objeto, si os cupiera la suerte de ser sus huéspedes. Si dejáis entrever que lleváis en vuestros equipajes objetos de valor, podéis descansar con entera tranquilidad: no los perderán de vista; aun cuando por cualquier motivo os veáis precisados a abandonar el palanquín, vuestros equipajes quedan bien custodiados, y una vez hayáis llegado al lugar de la expedición, lo primero que os entregan es vuestro bagaje, y esto lo hacen con un aire de satisfacción, como diciéndoos: « No te puedes quejar; lo he cuidado bien ¿eh? Creo que no podrás negarme la propina ».

¡Por fin llegamos — Ruinas de una cristiandad floreciente — La iglesia abierta de nuevo al culto divino.

En hombros de mis palanquineros hice el trayecto de *Shiu Chow* a *Nam Song*. En todo él, nada aconteció digno de interés, excepción hecha de las atenciones exquisitas que a cada parada me dispensó mi comitiva, y sobre todo los dos oficiales, a los cuales les estaba muy a cuenta infundir en los curiosos la opinión de que pertene-

cían a mi séquito, si querían mantener la cabeza segura sobre los hombros.

El primer día hicimos doce leguas de camino; al comenzar al siguiente la caminata, ocurrieron dos incidentes que hubieran acarreado serias consecuencias, porque se rompió repetidas veces un travesaño, y dos de ellas vine a tierra sin que gracias a Dios, tuviera que contarlo con dolor de mis huesos. Llegamos a *Nan Chow* el tercer día por la mañana; apenas divisamos la ciudad, mis valerosos amigos sintieron revivir su antiguo señorío; el pueblo entero los conocía, por consiguiente, no podían seguir adelante con la farsa. No bien pusimos pie en la ciudad, cuando todos, uno tras otro, desaparecieron de mi lado, no quedando conmigo más que un solo criado. Aguardé una pieza, y en vista de que aquellos buenos señores se preocupaban poco de volver, subí a mi asiento, con ánimo de continuar la jornada hasta llegar a nuestra residencia. Viendo el criado fiel mi resolución de seguir, comenzó a dar voces a sus amos para que volviesen, las cuales voces no fueron escuchadas, y así continué la marcha hasta *Kam Chow*,

Cogió de sorpresa a D. Colombo y a D. Bosio mi llegada imprevista, y ello fué causa de evitarne el embarazo de un recibimiento, que, según el ceremonial chino, debiera haber revestido una solemnidad rara vez usada.

Nuestros compañeros se apresuraron a seguir el camino de la posada, donde hallarían, sin duda a sus camaradas, y a mí me cupo la satisfacción de pasar aquellos días entre mis queridos hermanos.

Creía yo que con lo hecho podría dar por acabada mi misión; mas no fué así. Al anochecer se presentaron en casa los oficiales, protestando que no querían arriesgar la piel regresando a *Shiu Coow* sin el *Lao Fau* (forastero). De nada sirvió que yo les ofreciera como garantía de seguridad la que nos había acompañado durante el camino.

— « Padre, si no nos acompañas, nosotros no nos atrevemos a volver solos ». Esta era toda la respuesta que daban a mis razones. Por otra parte me precisaba mucho pasar unos días con los hermanos, así que, por no contrariar a mis domésticos de papelón mandé llamar a Don Guarona e hice que los acompañara hasta *Shiu Chow*, no sin que antes de partir cumplieran una de las promesas que me hicieron, dejando para la misión cien dólares en moneda sonante.

En *Nam Young* tuve ocasión de admirar los progresos de nuestros hermanos en las letras chinas y de visitar la escuela abarrotada de muchachos cristianos y paganos.

Como Don Colombo no podía dedicarse al ministerio por no hallarse aún entrenado en el

idioma, dirigía la parte material de la misión, levantando un poco la hacienda, abriendo su mano al miserable que se llega a nuestra puerta, y dando ejemplo de actividad a todos sus auxiliares. De más está decir que D. Bosio le ayudaba en todo con afecto e inmejorable acuerdo.

Por aquellos días se habían emprendido en *Yong Moi Hang* las obras de reparación en la iglesia de S. José, construída hacia la mitad del siglo pasado. Un sinúmero de vicisitudes la habían dejado en completo abandono; pero a despecho de las inclemencias del tiempo y de la obra demoledora de los paganos, y lo que es peor, de algunos apóstatas, aun se yergue majestuoso desafiando a sus enemigos, este soberbio monumento, testigo fidelísimo del estado floreciente en que se había hallado tiempo atrás aquella desgraciada cristiandad, tan numerosa entonces, que según estadísticas, contaba más de mil cristianos en su seno.

El edificio mide 24 metros y medio de largo, por 10 de ancho y 14 de alto; el estilo es de basílica romana, con tres naves. La central está separada de las laterales por dos juegos de 36 columnas, 18 por parte, que aguantan grandes arcos, sobre los cuales, descansa un friso corrido; encima de este friso hay colocadas 52 columnas esbeltas, que determinan otras tantas ventanas rematadas en arcos de medio punto, los cuales a su vez sostienen el artesonado de la nave central, más elevado que el de las laterales, que arrancan del presbiterio y recorren la iglesia en toda su longitud.

Las paredes exteriores están fabricadas de ladrillos, expresamente cocidos para esta obra, cada uno de los cuales lleva vaciada la inscripción *Sti. Joseph Domus*. El interior se hallaba enlucido con estuco blanco, decorado casi todo él con finísimas pinturas y artísticos bajorelieves; de todo lo cual no quedan hoy más que ligeros restos, suficientes para dar idea lastimosa de su primera hermosura.

En torno a la iglesia se descubren montones de escombros, que dan idea acabada de la belleza, espaciosidad y excelente construcción de aquellos edificios en ruinas.

Fácilmente nos fué dado reconocer a un lado de la iglesia la residencia del misionero, con su escuela, habitaciones para los profesores y criados, la cocina, etc. Al otro lado de la iglesia, el convento de las *Ku Neong* (religiosas indígenas), también en ruinas, con sus respectivas escuelas y el Orfanotrofio.

La historia de los referidos monumentos, no hay que buscarla muy lejos: es de ayer, como quien dice. En 1897, el P. Eugenio Brugnon, de la Congregación des Missions Étrangères, aparecía por primera vez en estas tierras, con objeto

de continuar la obra de evangelización implantada por sus predecesores.

Una vez allí, compró un reducido solar, donde levantó una capillita con casa de residencia al lado; hasta que un día, requerido por otros pueblos que esperaban su obra redentora, montó a caballo, y así atravesó el país de *Kong Moi Lao*, La superstición tenía echadas hondas raíces en este territorio, y no podía consentir que el transeunte lo atravesara encima del palanquín a caballo. Ya sea que lo ignorase, o que despreciara tan inveterada superstición, lo cierto es que en mala hora continuó el P. Brugnon su camino sin apearse. Los habitantes de aquellos pueblos, ofendidos en lo más vivo de su fanatismo ante semejante proceder, en el cual quisieron ver un manifiesto atentado a la memoria de sus abuelos, buscaron ocasión de venganza y la encontraron a la vuelta del misionero. Se apostaron en el camino, lo asaltaron y lo arrastraron hasta orillas de un río con intención de asesinarlo y echar su cadáver a la corriente, cuyas aguas rojizas lavarían la mancha afrontosa que el atrevido había echado sobre todo un pueblo. Fortuna fué la llegada del mandarín en aquellos momentos; su presencia detuvo a los agresores, y puso a salvo al misionero llevándoselo consigo. Pero aquel mar de fondo que se agitaba en los pechos rencorosos de la plebe fué a estrellar sus espumas contra los muros de la residencia. Volaron a *Yong Moi Hang*, saquearon la capilla y la vivienda, y cuando no quedó rincón por registrar, pegaron fuego a todo, dejando la iglesia y la residencia reducidas a un montón de cenizas y ladrillos denegridos. Instruyóse por la autoridad competente el proceso de los ejecutores de tan bárbaro suceso, y el P. Brugnon se vió indemnizado con entera justicia, así de los daños materiales, como de los enferidos en su honra, con una cantidad considerable de dinero que empleó en levantar la iglesia y edificios adyacentes.

En 1882, exasperados los chinos contra el proceder de Francia por la ocupación de Tonquín, obligaron a todos los súbditos de aquella nación a refugiarse en Hong Kong; entonces los malvados, aprovecharon la ausencia del P. Brugnon para destruir completamente ambas residencias, sin perdonar la iglesia.

Merced a la solidez y altura de ésta, no llegaron intentos a más que a echar abajo el coro, arrancar el pavimiento, derribar las barandillas, y desquiciar puertas y ventanas; pero lo más de lamentar fué la ráfaga de odio sangriento que se levantó de aquellos pechos hacia la Iglesia Católica, y que por muchos años impidió al misionero la entrada en aquellas infortunadas tierras.

Cuando por vez primera Don Olive, de santa

memoria, comenzó su residencia en lugar de tanta tragedia, aquella cristiandad no contaba en su seno más de quince cristianos, cuya fe agonizaba presa de marmórea frialdad; pero al roce suave de la caridad y paciencia del misionero fueron templando su decaído fervor, y a poco el número de cristianos subió a cuarenta. Actualmente cuenta nuevos catecúmenos y alienta aún la esperanza de atraer al camino de la verdad multitud de ovejas que incautamente se descarriaron.

Hemos hecho sólo las reparaciones precisas e indispensables para detener la ruina total de la iglesia; así que, hoy se halla en disposición de poder ser abierta al público.

Si los frutos que dé esta cristiandad corresponden a las flores risueñas de esperanza que ciframos en ella, no dudo que serán por demás

consoladores, y que la Providencia nos dará con larga mano las expensas necesarias para restituir este templo a su antiguo esplendor.

Tres días no enteros duró mi estancia en *Nam Yong*, y he de confesar que me despedí con hondísimo pesar de aquellos queridos hermanos; porque fué mi adiós como presentimiento de futuras desdichas. En efecto, por última vez me desprendía de los brazos cariñosos del malogrado Don Colombo, quien poco después abandonaba casi de improviso este destierro, en el momento crítico, en que su labor parecía a nuestros ojos materiales más apremiante y necesaria que nunca.

LUIS VERSIGLIA

Obispo titular de *Caristo*

Vicario Apostólico de *Shiu Chow*.

LOS QUE MUEREN...

El Ilmo. Sr. Don Santiago Costamagna

Obispo Titular de Colonia.

muerto en Bernal el día 9 de Septiembre de 1921.

Una muerte plácida y serena, suavizada aún más por las muy fervientes aspiraciones de la oración, endulzada por las melodías de la música litúrgica y por los últimos arranques de una mística poesía, santificada por la vida eucarística, que es prenda y presagio de la inmortalidad, y rodeada de la sensible asistencia de la Virgen de Don Bosco, la muerte santa de Mons. Costamagna corona la vida heroica de labor y sacrificio del insigne educador salesiano, del Obispo misionero de casi toda la América del Sur, del hijo predilecto de Ven. Don Bosco, del Vicario de Don Rúa en todas las Inspectorías del Pacífico, del Apóstol de los Jívaros, del Padre y Director de tantas almas religiosas, del Pastor y Padre de tantos Sacerdotes Salesianos y de tantas Hijas de María Auxiliadora, que hoy salvan y educan a otros miles y miles de niños y niñas en las inmensas Repúblicas Americanas. Cinquenta y cuatro años de sacerdocio; cuarenta y cuatro años de misión, veintisiete años de episcopado, toda una vida de energética actividad sin un instante de descanso, sin un momento de tregua, inculcando a todos el trabajo, excitando y dirigiendo el movimiento y la labor de todos los que le rodeaban hasta el último momento; y todo ese trabajo subordinado a la vida religiosa para el ministerio sacerdotal, en conformidad con la acción educadora y según el ejemplo y las enseñanzas del Apóstol de la Juventud, el Ven. Don Bosco.

Sabemos que desde que llegó a la Argentina hasta el último instante de su vida se le hacía una especial recomendación: la de «no trabajar demasiado».

siado; » así se lo inculcaba el Rmo. P. Sató, Rect. del Seminario en 1878, y así se lo repetían los discípulos que lo rodeaban en su última enfermedad,



a quienes él respondía incesantemente con su gran maestro D. Bosco: «Trabajo, trabajo, trabajo. ¡DeScansaremos en el Paraíso! »

Toda la Argentina recuerda el precioso «Ramillete» de fundaciones salesianas realizadas, y de vocaciones sacerdotales y religiosas cultivadas, por el Ilmo. Mons. publicado como *obsequio de sus Bodas de Oro Sacerdotales y Bodas de platas Episcopales* (1918). — Las cincuenta y ocho Casas y Colegios Salesianos de la República Argentina están hoy en su mayoría regidas por personal educado en la escuela del inolvidable Inspector D. Santiago Costamagna; y una pléyade de Exalumnos exparcidos por todas las ciudades y pueblos de la Argentina deben su bienestar moral y aún material a la sabia educación de ese aprovechado discípulo del Ven. Don Bosco — Lo mismo podría repetirse de los treinta y cinco Colegios de las Hijas de María Auxiliadora, de sus numerosos Centros de Exalumnas, y de tantas óptimas familias constituidas sobre la base de la educación cristiana, recibida en ambos institutos de la Obra de Don Bosco.

Jamás se ha visto una corona fúnebre formada por tan variadas y perfumadas flores, de tantos jardines de educación, esparcidos por la República Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Méjico, San Salvador, etc., donde hay personal o elementos que disfrutaron de la educación salesiana bajo la dirección de este incansable Superior.

Bajo una corteza un tanto áspera y cierta apariencia de severidad escondía un corazón de madre, y bastaba ponerse en contacto con él para experimentar toda la dulzura y la delicadeza de sus modales y lo acertado y seguro de sus criterios doctrinarios y morales. De la misma manera debemos formarnos justo concepto de cierta intransigencia en cuestión de modas y escotes, que hoy profanan el templo y llegan hasta el Altar sembrando la volubilidad más asquerosa y repugnante en el lugar sagrado, al rededor del confesionario y en el mismo comulgatorio.

¿No es propio de un misiónero y de un Obispo el reprender tales abusos siempre y doquier? ¿No corresponde al sacerdote educador el clamar ante la juventud que se pervierte y se escandaliza, contra ese nuevo medio de corrupción que invade todos los ámbitos de la familia, de la escuela y de la sociedad?

Mons. Costamagna no pudo y no quiso callar; pero su misma insistencia, su intransigencia, encontró eco en el sentimiento de los buenos católicos y se ganó la aprobación de los ciudadanos honestos y cuidadosos de la pureza de costumbres de la juventud.

Nuestro querido Monseñor enseñaba y practicaba: lo que imponía a otros, antes se lo exigía a sí mismo. Era celoso y rígido en el cumplimiento de los deberes eclesiásticos y en la observancia religiosa: quería que los ritos sagrados, las ceremonias del culto, el canto eclesiástico, las funciones sagradas, el adorno de los altares, los ornamentos sacerdotales, los libros litúrgicos: todo lo que se refiere a Dios y a la Iglesia estuviera bien reglamentado, preparado y ensayado debidamente. Sabía alabar y sabía reprender, según los casos; pero endulzaba también la píldora cuando notaba que había buena voluntad para cumplir lo que

manda la Ley eclesiástica. Allí están sus últimos trabajos: El Tesoro Litúrgico y los Cánticos Sagrados del Mes de María, cuya revisión y publicación le causaron sus últimos ataques al corazón por la preocupación, el esmero y el apuro, con que quiso corregirlos para ofrecerlos pronto al Clero, a las Religiosas y a las personas piadosas.

No entraremos en pormenores sobre las otras producciones de su vasta erudición eclesiástica y mística. Las conferencias para religiosos y religiosas, su rico y variado repertorio de música sagrada y de cantos educativos, sus hermosas e interesantes relaciones de misiones viajes y apostólicos, por la Patagonia, la Pampa, por Bolivia, Perú, Ecuador, Méjico, etc.; que forman un tesoro precioso de conocimientos geográficos e históricos, prueba de su infatigable celo y de su dedicación a la evangelización de los pueblos, (véanse los 40 tomos del Boletín Salesiano (años 1877-1977); todo esto, añadido a una asombrosa correspondencia epistolar con todos aquellos que de mil maneras se relacionaban con él amigable y espiritualmente, nos dará una idea de la inmensa labor y asombrosa fecundidad espiritual de este varón apostólico.

Al fin tuvo que rendirse y su cuerpo quebrantado y su corazón exhausto contestaron repetidas veces a su férrea voluntad: «no podemos más». Entonces dió una mirada a su alrededor para escoger su lugar de relativo descanso y de tranquilidad espiritual. Renunció ante el Sumo Pontífice al cargo de Vicario Apostólico de Méndez y Gualajira, dejó en aquellas alturas incompatibles con su enfermedad a sus queridos Indios Jívaros, a quienes había dedicado 25 años de ruda misión (aunque siguió siempre enviándoles el óbolo de la caridad que llegaba a sus manos), y libre de toda responsabilidad, vino, como él decía, a *prepararse a la muerte* en su querido Almagro y en su predilecto Bernal, que para él representaban Valdocco y Valsálice de Turín.

Se iniciaba esta última etapa de su vida con las Bodas Sacerdotales y Episcopales de 1918; en esos días ya entonaba el *Nunc dimittis* del Anciano Simeón al tener a Jesús en sus manos. Se habían cumplidos todos sus anhelos: se veía rodeado por dos generaciones de hijos espirituales, en quienes había intensamente infundido el amor a Don Bosco, a su Congregación, a su vocación: ya tenía mil herederos de su espíritu y continuadores de su misión: era un Patriarca, que podía pasearse de una a otra familia religiosa sin poder ya contar los hijos y las hijas de su inmenso apostolado. — Sus delicias eran, como lo atestigua la edición de su obra «*Compelle intrare*», predicar la Eucaristía, promover la Comunión diaria y cantar las alabanzas de María Auxiliadora. Pero su corazón se desahogaba especialmente en las predicaciones de Ejercicios a los Hermanos de Congregación. Era imposible no conmoverse y no sentirse hondamente impresionado por el espíritu de fe, de piedad y de santo temor de Dios que se traslucía en su vibrante elocuencia: tenía algo de S. Vicente Ferrer, de S. Leonardo y de S. Alfonso. Alguien decía que tronaba, como el hijo del trueno, Santiago Apóstol, de quien llevaba el nombre; pero

tronaba bien y oportunamente, porque luego seguía la lluvia de la gracia y después el *arco iris* en las conciencias de todos!

Los últimos días de Monseñor eran una continua aspiración del Cielo: todo era música y canto celestial en aquel aposento colocado en el Noviciado, pared por medio del altar. El deseaba que los Novicios que le asistían, turnándose de día y de noche, le cantasen las alabanzas de la Sma. Virgen, himnos eucarísticos, cantos litúrgicos; y venciendo cierta delicadeza de uno de nuestros cantores, consiguió que le cantase en gregoriano toda la Misa de Difuntos, con invitatorio, responsorios y antifonas del Oficio, para poderlo meditar y saborear espiritualmente. A la media noche cesaba el canto para empezar la preparación a la Sta. Comunión con aspiraciones y oraciones, intercaladas con fervientes jaculatorias.

El día de la Natividad de la Sma. Virgen, después de administrársele a Monseñor la Sta. Comunión, los estudiantes de filosofía reunidos en la pieza inmediata a su cuarto, cantaron la «*Salve Regina*» que él decía haberla oído cantar a su mamá cuando niño, y que él mismo les había antes enseñado. Conmovióse Monseñor al oír ese *canto angelical* en un día de tantos recuerdos y creyó realmente que la Sma. Virgen lo llamaba al Cielo; pasó alegramente todo ese día y descansó bien de noche hasta las dos de la madrugada. Quiso levantarse, y venció la resistencia de su asistente diciéndole que también su grande amigo Mons. Terrero, había muerto sentado fuera de la cama. Una hora después, al moverse, pareció que ya iba a exhalar placidamente su espíritu, y recibida la Sta. Unción, se durmió en el beso del Señor.

Así mueren los santos; así descansan los apóstoles y así pasan de este valle de lágrimas y de pruebas los fieles siervos del Señor.

Había cumplido los *setenta y seis años* de su vida, toda consagrada al servicio de otros, a la salvación de las almas, y para bien de la juventud y de la humanidad.

Mons. Costamagna quería a la Argentina como a su segunda patria, a la manera de tantos misioneros que prefieren la patria espiritual adquirida con su apostolado, a la otra natural que los vió nacer. En esta Patria Argentina prefirió a Almagro porque representa toda la obra de Don Bosco que él vino realizando en esta Casa central; pero al fin encontró su última morada en Bernal, porque allí se forma el personal salesiano: el Postulante, el Novicio, el Maestro y el Sacerdote de D. Bosco, para la salvación de la niñez y del pueblo. Allí donde se forma el espíritu del Salesiano, había de encontrar el lugar de su descanso el gran Prelado Salesiano Argentino, el gran misionero de Don Bosco.

Sus restos sagrados hablarán a los jóvenes llamados a seguirle. «*Defunctus adiuc loquitur — Todavía este difunto nos hablará en vida!*» Se ha resuelto grabar sobre la lápida que cubrirá sus restos la inscripción bíblica: «*Haec requies meal hic habitabo, quoniam elegi eam!*» *Este es el lugar de mi descanso: yo habitaré aquí, porque es el lugar que yo me elegí!*

Datos biográficos.

El Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna vió la luz en Caraíagna, pueblecito de la provincia del Piemonte, el 23 de marzo de 1846. Ingresó en el Oratorio de Turín el 8 de diciembre de 1858, y en 1877 fué enviado por D. Bosco a América, formando parte de la tercera expedición de misioneros.

En 1878 intentó penetrar en Patagonia; y el 79, cuando el general Roca inició *la conquista del desierto*, se ofreció voluntariamente en compañía del salesiano D. Luis Botta, para ayudar en la labor de civilización, catequesis y administración de bautismos al Excmo. Mons. Espinosa, renunciando a la donación de terreno con que el gobierno dispuso se remuneraran los trabajos apostólicos de los que habían tomado parte en aquella expedición, dando a entender con semejante renuncia que no se limitaba a solas palabras el consejo que tantas veces había caído en su corazón de labios de D. Bosco: «*Buscad almas, y no pongáis vuestros deseos en los bienes perecederos*».

Nombrado Provincial de Argentina, puso mano a la implantación de numerosos establecimientos de educación y beneficencia, y sin demora recorrió a este objeto Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y Centro y Norteamérica.

Años después fué preconizado Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, y elegido Obispo Titular de Colonia por S. S. León XIII, de santa memoria, el 18 de marzo de 1895. Desde entonces comienza su labor civilizadora en medio de los Jíbaros, a los que, como a hijos espirituales confiados a su paternal solicitud, consagró todas sus energías y entusiasmos.

La salud de Mons. Costamagna comenzó a decaer en junio del año presente «*Ruega por mí*» escribió al Sr. D. Albera, *porque estoy bajo la férula de la gripe*.

Ya se creía restablecido, cuando a fines de mes le cogió de sorpresa el primer ataque cardíaco.

Los médicos garantizaron la curación completa del enfermo, asegurando que con ligeros cuidados podría prolongarse tan preciosa vida muchos años. Mas apenas comenzaba a cobrar fuerzas aquella fibra incansable, cuando volvió de nuevo a sus inveterados hábitos de trabajo, metiéndose con ansia febril en la labor de imprimir un *Mes de María* que él había compuesto, y tornó al ejercicio del ministerio sagrado, oficiando en funciones de solemnidad que pedían más aguante de lo que aquel cuerpo podía dar. Celebró de pontifical por última vez el día de S. Alfonso, y ya lo tenían todos por sano y restablecido, cuando la noche del 21 de agosto le sobrevino un segundo ataque. Tampoco esta vez se dió por vencido, y así, volvió a los caminos del trabajo, apenas las fuerzas comenzaron a ayudarle. Pocos días después dejó su residencia habitual y se trasladó a Bernal donde asistió de pontifical a la misa el día de Sta. Rosa; pero en la noche del 30 al 31 de agosto un tercer ataque le postró de manera que no le dió lugar a reponerse.

El 10 de septiembre se celebraron los funerales

y el entierro, con tan enorme concurrencia de gente de la capital y provincia, que resultaron una manifestación imponente de estima y afecto hacia el finado, y a toda la Congregación Salesiana.

Asistieron a la ceremonia el Gobernador de la provincia de Buenos Aires, D. Luis Monteverde, Mons. Francisco Alberti, Obispo preconizado de La Plata, quien llevaba la representación del Excmo. señor Arzobispo de Buenos Aires; Mons. Silvani, auditor de la Nunciatura, en representación del Excmo. señor Nuncio Apostólico; el Vicario General de La Plata, Mons. Claudio Burdet; Mons. Santiago M. Copello, Obispo auxiliar de La Plata, el presbítero D. José Vespignani, Inspector salesiano, el diputado nacional D. Augusto Otamendi, el intendente de Quilmes, doctor Roca, el presidente del consejo deliberante, Don Francisco Frissone, y los concejales doctor D. Manuel Salas, Don Santiago Poggio, Don Carlos Bo, el presidente de la Cámara Comercial de La Plata, doctor Don Manuel Estévez, el presidente del consejo escolar de Quilmes, doctor Don Atanasio Lanz, y numerosas y distinguidas representaciones del Clero secular y regular.

Llegado el féretro a la puerta de la capilla, habló en representación de los exalumnos de Don Bosco de la capital, el señor D. Juan B. Podestá. En nombre de los más antiguos alumnos de Don Bosco en la Argentina, habló elocuentemente el doctor García Reinoso, historiando brevemente la acción múltiple y fecunda del ilustre muerto.

En seguida hizo uso de la palabra Mons. Francisco Alberti. Su discurso impresionó vivamente a la concurrencia, que bien pronto participó de la emoción intensa que dominaba al Prelado. Fue la suya una bella oración, impregnada de ternura, en la cual destacó las virtudes del Obispo Salesiano, de quien dijo que si había hecho voto de no perder ni un instante de tiempo, no tendría que dar cuenta a Dios por haberlo quebrantado, pues fue durante toda su vida, y hasta el último día, trabajador incansable.

Acompañado por las preces litúrgicas, el ataúd fue transportado al interior de la capilla, donde se le dió sepultura, junto al altar de María Auxiliadora.

Durante todo la ceremonia, hizo la guardia de honor el batallón de Exploradores de Don Bosco de Santa Catalina.

Los sagrados restos de Mons. Costamagna reposan en hermoso plantel de vocaciones salesianas, como semilla prolífica de futuros y robustísimos arbustos de virtudes y de celo que han de ofrecer a los que cansados del camino busquen donde cobijarse de los ardores de los vicios y las agitaciones de la lucha, sombra fresca y frutos de virtudes y consuelos.

El espíritu de Monseñor vive en dos generaciones de hijos espirituales engendrados en el trabajo y en el sacrificio, hijos que continuarán su labor sin cejar un punto, ni menos dejar vacilantes las armas en la refriega. Al postrarse ante aquella tumba sentirán su voz irresistible en el fondo del alma, voz de aliento y de sostén en la lucha antigua del error contra los continuadores del reino de la verdad.

Ecc.mo e Ilmo Sr. D. JUAN MARENCO

Obispo que fué de Massa Carrara, últimamente Arzobispo Titular de Edessa e Internuncio Apostólico y Delegado Extraordinario de la Sta. Sede en las Repúblicas Centroamericanas.

No hay frases adecuadas con que expresar el dolor que sufre la Familia salesiana con la desaparición de un varón apostólico tan extraordinario por sus preclaras dotes de inteligencia y de corazón y por el cúmulo de méritos a que se había hecho acreedor en las luchas apostólicas que sostuvo, siempre ventajosamente, en pro de la Iglesia Católica y de nuestra amada Congregación.

De los 68 años de mortal carrera consagró 50 a la Congregación Salesiana, no cesando ni un punto en este largo período, de trabajar por el esplendor de la misma, ni de observar vida salesiana en toda su integridad, aún en sus últimos doce años, cuando, elevado por sus relevantes méritos a la plenitud del sacerdocio, hubo de consagrar sus energías a su Diócesis primero, y más tarde al desempeño de la Nunciatura que el Vicario de Jesucristo en la tierra le confiara.

Nació el Excmo. Mons. Marenco en Ovada, lugar de la diócesis de Acqui el 27 de abril de 1853. Habíale dotado el cielo de un natural suave y docilísimo, dotes que fácilmente le encauzaron por los senderos del bien, cuyos ejemplos le aleccionaron en el seno de su distinguida y noble familia, donde bebió a grandes sorbos aquella exquisitez y delicadeza de trato, nota la más saliente de aquel complejo de excelentes dotes, que por sí sola bastaba, cual poderoso imán, a mover y arrastrar los corazones de cuantos le trataban.

De ingenio abierto y tenaz, cursó sus estudios en el Seminario Diocesano, donde los superiores, viéndole piadoso, aplicado al estudio y equilibrado en todos sus actos, habían cifrado en él sus más lisongeras esperanzas y se prometían los más exquisitos frutos que había de gustar la Diócesis entera; pero otros eran los designios de Dios: porque al terminar el tercer curso de teología, atraído por la fama que nuestro Ven. Padre gozaba y por el apostolado que ejercía en medio de los niños, decidió agrégarse a los contados miembros de la Pía Sociedad Salesiana, que por entonces se hallaba en los comienzos de su fundación.

El 17 de mayo de 1873 ingresó en el Oratorio de Turín a las órdenes del Ven. Don Bosco, quien muy luego echó de ver el tesoro que la Congregación había adquirido en aquel joven, y como a tal lo custodió y lo estimó.

Contaba entonces el joven teólogo 20 años, y poseía un caudal inagotable de energías y de robustez, que armonizaba maravillosamente con su porte fino y distinguido y con una suavidad de formas tales, que se llevaba de calle los corazones de sus hermanos los Salesianos, en cuya compañía ejercía

su apostolado bajo la mirada paternal del Venerable. Al mismo tiempo que daba remate a sus estudios de teología, por los que mostraba predilección, comenzaba con felices auspicios sus ejercicios didácticos y pedagógicos, y simultáneamente se preparaba para tomar el título de maestro normal.

El 8 de diciembre del mismo año comenzó en el Oratorio el Noviciado, y al terminarlo el 18 de septiembre de 1874 hizo su primera profesión religiosa. Más tarde, el 15 de septiembre de 1875, se anexionó definitivamente al Venerable por medio de la profesión perpetua, emitidas esta y la primera ante el mismo Don Bosco en el colegio de Lanzo Turinés, donde acosumbraba recogerse éste todos los años para hacer los Ejercicios Espirituales.

La presencia del nuevo profeso mostraba un tinte de serenidad jamás divorciada de cierta gravedad y prudente reserva, que revelaban la calidad del que más tarde había de ejercer la preeminencia sobre los miembros de la Comunidad, a cuyos desvelos más tarde se le confiara.

Ordenado sacerdote el 12 de diciembre del 85 por Mons. Manacorda, Obispo de Fossano, fué destinado por algunos años, primero al Colegio municipal de Alassio, y después al de nobles, abierto en Valsalice a las afueras de Turín, donde se dedicó a la enseñanza. Pasó después a Lucca con orden de abrir y dirigir un colegio y la iglesia de la Sta. Cruz. En este nuevo campo dió muestras tan esclarecidas de celo iluminado y prudente en la dirección, y de amor y solicitud por el esplendor de la casa de Dios, que, transcurridos cuatro años, Don Bosco juzgó acertado confiarle un campo de más dilatados horizontes, nombrándole primer Rector de la magnífica iglesia de S. Juan Evangelista de Turín, abierta al culto en octubre de 1882. Tenía Don Bosco puesto su pensamiento y su corazón en esta iglesia, levantada a costa de titánicos esfuerzos e inauditas fatigas, y destinada a ser monumento perenne de la gratitud vivísima que alentaba en el pecho del Venerable hacia su primero y más esclarecido bienhechor, el angelical Pío IX. Los ojos de Don Bosco se fijaron en Don Marenco, a quien encomendó sin vacilar la rectoría del templo, convencido de que el iniciado en ella, sería su más precioso y bello ornamento. En nada se oponía este nombramiento a los planes que Don Bosco tenía trazados sobre Don Marenco, de levantarle a oficios más altos en la Congregación. Así lo dejó traslucir en cierta ocasión en que, presentando al joven presbítero ante el Emmo. Cardenal Alixmonda, Arzobispo de Turín, se permitió en son de broma la siguientes expresión: «Como S. Ema. puede echar de ver, Don Bosco es pobre, y andando el tiempo lo será más; pero sé decir a S. Ema. que dispondrá siempre que le plazca de un Marengo» (1).

Y correspondió a los desvelos paternales del Venerable, y colmó sus esperanzas hasta el punto de dejar formados en poco más de cinco años un ambiente perfumado de virtud y un recurso impecadero de su célo apostólico en bien de las almas,

a las cuales dirigía suavemente por los senderos de la perfección cristiana.

Muerto Don Bosco, el venerando Don Rúa, su sucesor, siguió dispensando plena confianza a Don Marenco, y así, le confió la dirección de varias casas difíciles y más tarde le nombró Inspector de Liguria y Toscana.

Pero una misión más delicada e importante le preparaba la Providencia. Don Rúa, después de tocar con mano la habilidad desplegada por aquel en oficio tan delicado, transcurridos cuatro años, lo llamó a Turín y lo nombró su Vicario General, con objeto de consolidar más y más el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

No es dado declarar en breve reseña el acierto con que desempeñó tan difícil misión y los frutos óptimos que de ella reportó; sólo sabremos decir que una de las más gloriosas páginas que forman los anales del referido Instituto, la componen, sin género de duda, los ocho años que Don Marenco lo dirigió. Todos estos trabajos no le embarazaban el estudio, antes bien, su ingenio halló facilidades para prepararse a tomar el título de licenciado en teología y Derecho Canónico, títulos que adquirió después de manera sobresaliente en la universidad de Turín.

El primero de noviembre de 1899 expiraba plácidamente en Roma don César Cagliero, nuestro Procurador General a la sazón ante la Sta. Sede. Ante la necesidad de proveer al nuevo cargo, todas las miradas fueron a converger en Don Marenco, y aquel mismo mes se vió investido con el cargo de Procurador, que sostuvo por diez años con exquisito tacto, prudencia y circunspección no comunes, viniendo así a prestar servicios incalculables a nuestra Sociedad.

Después de la visita de presentación de credenciales, el Emmo. Cardenal Parocchi, Vicario Apostólico de S. S. y Protector de nuestra Pía Sociedad, en carta dirigida por éste a Don Rúa le felicitaba por lo acertado de la elección, y elogiaba al nuevo Procurador en estos términos: «*Veo en él a nuestro llorado difunto, su modestia, su dulzura, su prudencia, su actividad.*

La labor del nuevo Procurador reviste trascendental importancia en la historia de la Congregación Salesiana por las cuestiones vitales que se dilucidaron, siempre satisfactoria y ventajosamente para nosotros. Su carácter dulce, su trato exquisito bastaban a superar toda suerte de obstáculos y a remediar cualquier equivocación. Acertaba siempre a ver las cuestiones, por intrincadas que fuesen, desde su verdadero punto de vista; de manera que ante la clarividencia de sus razones era forzoso rendirse a sus conclusiones. No nos detendremos en enumerar los trabajos y fatigas que pasaron por él mientras se desvió por el incremento de nuestra Congregación y del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora en Roma. A él principalmente se debe la erección de la bellísima iglesia de Sta. María Libertadora en Testaccio, y la vuelta del templo de S. Juan de la Pigna a su antiguo esplendor, después que S. S. Pío X, de santa memoria, se dignó confiarlo a la residencia de la Procuraduría.

(1) Marengo en italiano significa doblón, luis (pieza de oro de veinte francos).

Fué Consultor de varias Congregaciones, en las cuales descollaba por su vasta cultura, por la lucidez de su inteligencia, por el manejo de los negocios eclesiásticos y por su generoso corazón siempre abierto de par en par a toda iniciativa noble y elevada. No es de maravillar que el Padre Santo lo promoviera a la silla episcopal de Massa-Carrara, una de las diócesis más difíciles y espinosas de Italia.

A raíz de esta elección, escribió con fecha 12 de abril de 1909: «La Pascua del corriente año no me ha traído cosa de qué alegrarme. El Sabado Santo por la tarde me llamó el Emno. Cardenal De Lai, para comunicarme en nombre del Padre Santo mi elección a la sede de Massa-Carrara. Añadióme que no diera pasos para exonerarme de tan abrumadora carga, porque aparte de no conformarse ningún género de protesta con la voluntad del Papa, tampoco serían admitidas las razones que opusiera a dicha aceptación. Así es que, el día del *Aleluya* venía a resultar para mí el comienzo del Calvario. El Cardenal, en calidad de amigo sincero y desinteresado se mostró altamente complacido, en exponerme personalmente el comunicado y tuvo la delicadeza de abundar en expresiones calurosas de aliento; mas no lo fueron tanto que bastaran a evaporar el sentimiento profundo que me ocasionaba tan inesperada elección. Dos pensamiento amargaban y siguen amargando mis días; la responsabilidad inherente a mi nueva dignidad, y el consiguiente apartamiento de mi Congregación a la cual por añadidura habré de ocasionar no ligeros gastos».

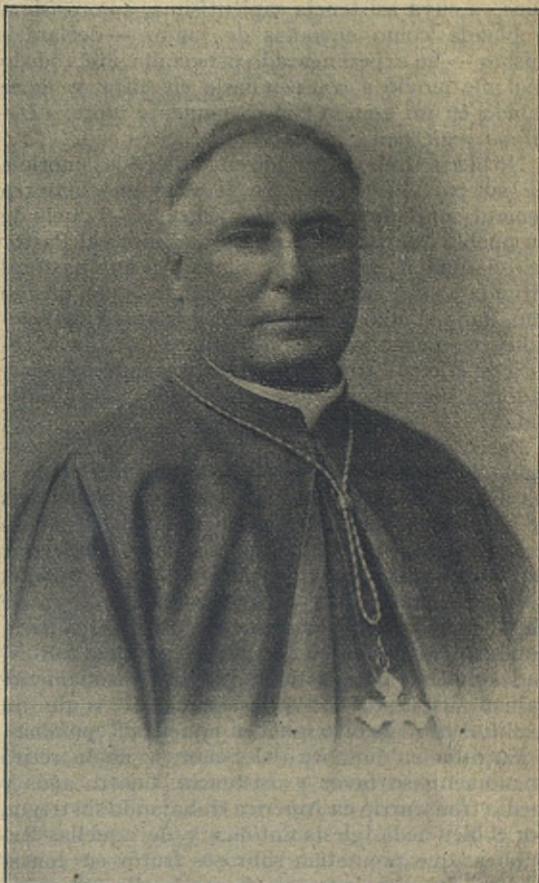
Accediendo a la voluntad de Don Rúa fué consagrado Obispo en el nuevo templo de Sta. María Libertadora el 16 de mayo del mismo año, por el Emno. Cardenal Satolli, y el 29 de mayo, día de Pentecostés, se presentaba en el Oratorio para oficiar de Pontifical.

En extremo commovedor e imborrable fué el encuentro de Don Rúa con su amado hijo en uno de los patios del Oratorio y en presencia de un sinúmero de niños que aplaudían con todo el entusiasmo de su alma. Los mismos sentimientos despertó la velada en obsequio al nuevo Prelado, en la que éste recibió de D. Rúa como preciosa reliquia la cruz pectoral que llevaba al cuello Mons. Lasagna en el trágico momento en que murió víctima de un accidente ferroviario. «Este pectoral, habló así el festejado, lo llevaré en los días más solemnes de mi vida, y, cuando el Señor sea servido llevarme consigo, es mi deseo que pase *pro tempore* a manos de los Superiores de la Pía Sociedad Salesiana para que lo transmitan de pecho en pecho a los hermanos de la misma Congregación que después de nosotros hayan de sentarse en silla episcopal». Hoy lo devuelve enriquecido con la piedra preciosa de doce años de episcopado fecundísimo.

Traspasaríamos los límites que nos hemos trazado en estos rasgos biográficos si nos detuviéramos a exponer año por año los siete de apostolado ejercido en Massa-Carrara. Con líneas generalísimas trazaremos dicho período de su vida diciendo que fué ésta de actividad, oración y apostolado incansantes. Humilde siempre, modesto sin

dejar de serlo, encariñado con el clero y con el pueblo, obsequioso con las Autoridades, sincero y llano con sus familiares; cortes y afable sin medida con todos, con entrañas de padre para los niños, que de continuo le cercaban, y más blando aún para la juventud consagrada al estudio, cuyos peligros de incurrir en el ateísmo, que privaba en los Institutos, encendían con más viveza el fuego de caridad de que estaba henchida su alma ardiente y generosa.

Tal es en síntesis el retrato que hicieron de él sus dioceanos, cuando el Papa lo arrancó al afecto de ellos para destinarlo a más elevados ministerios.



ministros. Podríamos enumerar largamente las tareas apostólicas que realizó, con las cuales impuso nueva fisonomía e infundió nueva vida a su querida diócesis.

Trabajó sin descanso, corrió cumple a un verdadero hijo de Don Bosco, y sembró el bien por donde pasó, captándose el respeto y las simpatías hasta de los perversos, que reconocían en él cierta superioridad que los subyugaba.

Esta superioridad no era otra cosa que fruto de la serenidad y dulzura con que abría sus brazos a todos, mayormente a los infelices extraviados: dulzura, afabilidad y paciencia inalterables, que le señoreaban hasta el punto de no haber oído nadie salir de sus labios una palabra menos suave.

En 1916 quedó vacante la Internunciatura Apostólica de Centroamérica por haber sido elevado a los honores de la Sagrada Púrpura Mons. Cagliero. El Pontífice actualmente reinante que distingüía con particular amor a nuestro Mons. Marenco, y que conocía su habilidad nada común en el desempeño de los negocios eclesiásticos, lo elevó a la dignidad de Arzobispo Titular de Edessa, nombrándolo al mismo tiempo en 27 de enero de 1917 Internuncio Apostólico de Costa Rica, Nicaragua y Honduras. No sin gran contradicción de su voluntad se resignó a esta nueva y escabrosa misión; mas no por eso dejó de aceptarla, porque abrigaba la seguridad de que ello era disposición providencial de Dios, «cuya asistencia sapientísima, amorosísima y blanda como entrañas de madre — declara él mismo — he experimentado personalmente; todo lo cual me movió a compendiárla en cifra y darle cabida en mi escudo con el siguiente mote: «*Dom minus regit me*».

No bien se hubo esparcido en la diócesis la noticia de su partida, cuando se levantó un clamoreo general, un llanto de dolor immense: era el duelo de un pueblo que veía alejarse para siempre al Pastor celoso, amable, laborioso y santo. En una pastoral dirigida a sus fieles en la cuaresma de aquel mismo año, daba el adiós conmovedor y tierno a sus queridas ovejuelas; y el 27 de febrero salía de incógnito de Massa-Carrara a fin de evitar lances desgarraadores, compañeros inseparables de toda despedida.

Deseo cumplido hubiera sido para él llegar enseñada al término de su destinación; pero, debido a las dificultades que se opusieron en aquellos días de inconsuelo, le fué forzoso aguardar al 17 de marzo y dirigirse a Barcelona con objeto de lograr embarco inmediato.

El 17 de marzo salió de este puerto, y el 19 de abril desembarcaba felizmente en Costa Rica, donde fué recibido solemnemente por las Autoridades civiles y Eclesiásticas, que cordialísimoamente habían dispuesto todos los preparativos de un recibimiento sin otro igual en aquellas Repúblicas.

Entraba en nombre del Señor, y no le retiró un momento su favor y asistencia. Cuatro años y medio transcurrió en América trabajando sin tregua por el bien de la Iglesia Católica y de aquellas Repúblicas que prometían sabrosos frutos en lontananza, sin que lograran hacer huella en aquel cuerpo ya maduro por la edad los cambios rápidísimos y casi increíbles de temperatura, propios de aquel clima; para defensa de los cuales no basta el refugio de las habitaciones, antes los hacen más sensibles, por hallarse éstas fabricadas con tablas muy sutiles, a causa de los terremotos, tan frecuentes, por desgracia, en aquellas tierras.

Consuelo grande fué para el ilustre Prelado ver definitivamente restablecida en la República la Jerarquía Eclesiástica, con la creación del Arzobispado en la capital, de la nueva diócesis en Alaguela, y con la implantación del Vicariato Apostólico de Limón. Visitó además las repúblicas de Nicaragua, El Salvador y Honduras, en las cuales fué recibido con solemnes festejos y profunda veneración.

En septiembre del año pasado comenzó su salud a ser minada por fiebres intermitentes, acompañadas de los pertinaz, de opresión de pecho, inapetencia, cansancio y agotamiento general. A pesar de todo, continuó derecho al pie del cañón por varios meses, alentado siempre por la esperanza de que pronto le dejarían aquellas incomodidades. Llegado a conocimiento de la Santa Sede el estado lamentablemente ruinoso del Arzobispo, juzgando oportuno remedio para su salud un cambio de clima o la vuelta a Italia, el mes de mayo del año pasado, la Sta. Sede le comunicaba la decisión de trasladarlo a otra república sudamericana, o, si fuese necesario, de hacerle traspasar el mar y confiarle una diócesis en Italia. Pero él alucinado en un momento de mejoría, respondió que no hallaba por entonces necesidad, ni de traslado, ni de regreso.

Pero aquella mejoría era sólo ficticia. Viendo entonces los médicos que el mal ahondaba y ganaba terreno por momentos, hicieron al enfermo presión para que solicitara un año de licencia, con objeto de restaurar su quebrantada salud. Así lo manifestó enseguida a la Santa Sede, a lo que ésta contestó telegráficamente, haciéndole constar su conformidad. Dispúsolo todo de manera que no tuvieran que sufrir detimento alguno los negocios de la Internunciatura durante su ausencia, y eligió como sanatorio la Casa Madre de Turín, a la sombra de cuyo Santuario, y con la compañía de los venerandos Superiores Mayores vería resurgir la fuerzas y saldar las quiebras de su cuerpo ya deshecho.

En tanto que preparaba su vuelta a Europa no desistió del trabajo; antes bien, desoyendo las protestas de su maltrecha salud, consagró todavía al nuevo Arzobispo de Costa Rica, acompañó a Mons. Monestel en la toma de posesión de la nueva diócesis de Alaguela, y nombró un Administrador Apostólico para la nueva Vicaría de Limón.

La misma víspera de la partida, quiso experimentar la satisfacción de consagrar al nuevo Arzobispo de la República de Guatemala en la Catedral de Costa Rica. Puede decirse que trabajó un año entero, continuamente roído por el gusano de la enfermedad, y es de maravillar que le permitiera todavía efectuar el viaje de regreso, tan largo y penoso.

Por fin llegó a su querido Oratorio el 28 de septiembre; pero en un estado tan lastimero, que daba compasión mirarlo, y mucho más aún a aquellos que lo vieron partir derrochando salud y robustez. ¡No era ya el Mons. Marenco de cinco años atrás!

Muy luego se vió rodeado de cuantos cuidados puede prodigar la ciencia médica; pero no tardó ésta en declarar que no había que dar lugar a esperanzas, porque la enfermedad ganaba campo rápidísimamente. Hallaba placer en conversar largas horas con el Emno. Card. Cagliero, a quien hizo sabedor de todos sus trabajos, para que hiciera relación de ellos a la Sta. Sede.

El 13 de octubre le fué forzoso guardar cama a causa de la fiebre; el 18, recibió el Viático de niños del M. Rdo. P. Albera, quien, al considerar la enorme pérdida que se venía encima para la Congregación Salesiana, se commovió hasta el punto de

dejar escapar de su pecho lastimosos gemidos que movieron a compasión a todos los circunstantes. Desde entonces el malogrado Arzobispo no pensó en otra cosa que en morir santamente. Con frecuencia se le oía repetir que se consideraba el hombre más libre de inquietudes que pudieran existir, porque no le escarbaba la conciencia ningún remordimiento, pues había cumplido con su deber, según toda la medida de sus fuerzas y en la mejor manera posible que se le alcanzaba.

Cuando el mal arreciaba con más violencia, parecía sustraerse a todo lo de abajo y comenzar una vida ultramundana. En la mañana del 21 se la administró la Extrema Unción, que recibió con edificante atención y recogimiento, y el sábado 22, día consagrado a la Santísima Virgen, de la cual había sido siempre devoto enamorado, colmó la carrera de sus días, trasladándose, como es de esperar, a la Patria del Cielo a recibir el premio de su vida, colmada toda ella de méritos sin cuento y virtudes singulares.

El anuncio de su muerte suscitó un verdadero plebiscito de duelo en todas partes; pero sobre todo en la diócesis de Massa-Carrara, donde dejó memoria imperecedera. Durante el sábado y el domingo un continuo afluir de gente visitó el cadáver y se postró ante él, elevando al Señor una plagaria por el eterno descanso de quien había aniquilado sus miembros en el trabajo por la gloria de Dios.

Los restos descansan en el panteón de la Familia Salesiana al lado de otros hermanos, que como él habían inmolado su vida en aras del trabajo por la gloria de Dios y la salvación de las almas,

R. I. P.

BIBLIOGRAFIA.

Libros recibidos en esta Redacción:

De la LIBRERIA SALESIANA DE SARRIÁ (Barcelona) *Leturas Católicas*, Septiembre de 1921.

Vida popular de Dante, por el Revdo. P. RODOLFO FIERRO TORRES. Es un estudio histórico-crítico de la vida del gran poeta florentino y de la producción inmortal de su ingenio. «*La Divina Comedia*». En pocas páginas expone el P. Fierro con la erudición que le caracteriza más de lo que pudiera exigirse para adquirir idea acabada de la obra singular que infunde continuamente nueva vida a la dulce lengua, de la que fué creador el gran Príncipe de las letras italianas.

La sencillez de estilo, la amenidad y delicadeza de enseñanzas morales que ostenta, atraen de manera, que con dificultad se deja de las manos hasta no haber leído la última de sus páginas.

Trampa y Carton. — Juguete cómico en dos actos, original de D. Pedro Muñoz Seca y D. Pedro Pérez Fernández. Reducido a un solo sexo por J. Bellal-

font Rose. El nombre del autor basta para elogiar la obra. La reducción llevada acabo con todo esmero ha hecho que en todas partes donde se ha presentado, haya adquirido un éxito maravilloso.

Ambas obras se venden en la *Librería Salesiana, Apartado 175, Barcelona*.

De la LIBRERIA CATÓLICA INTERNACIONAL de Barcelona.

Compendio de Historia de la Filosofía, por el M. ILTRE. SR. DR. D. ANSELMO HERRANZ Y ESTABLEZ, Pbro., Catedrático de Filosofía en el Seminario y hoy Canónigo Magistral de la Catedral de Gerona. *Tercera edición*. — Un volumen de $12\frac{1}{2} \times 19\frac{1}{2}$ cm., de 350 páginas. En rústica, Ptas. 5; en tela, Ptas. 7. (Por correo certificado, Ptas. 0,60 más) — Luis Gili, Editor, Córcega, 415, Barcelona, Apartado 415.

Tenemos la satisfacción de ofrecer al público la *tercera edición* de este *Compendio de Historia de la Filosofía*, tan conocido en los centros docentes, y sobre todo en los Seminarios de España y América. No necesita elogios esta obra, que se recomienda por sí misma y se ha impuesto como obra de texto en todas partes. La crítica no se ha cansado de aplaudirla y el P. Ugarte de Ercilla, a quien nadie negará competencia y autoridad en materia filosóficas, ha dicho desde las columnas de *Razón y Fe* que era el mejor y más claro, metódico y sustancioso Compendio de Historia de la Filosofía que teníamos en España.

Calcado sobre la gran *Historia de la Filosofía* del insigne Cardenal González, de la cual es breve y clarísimo resumen, el Dr. Herranz completó su obra historiando la filosofía moderna y la novísima, a la cual concede importancia suma por ser la que vivimos hoy en día y la que más sugestiona a las inteligencias de nuestros jóvenes estudiantes. De ahí la extensión que le concede en su Compendio. Las últimas manifestaciones del *Idealismo Kantiano*, el *Escolasticismo moderno*, la *Psicología moderna*, la *Escuela de Lovaina*, el *Modernismo*, y la *Filosofía Española del Siglo XIX*, son capítulos de filosofía palpitante que se leen con gran interés y deleitación. La integridad, la claridad, la precisión, el método, la facilidad y soltura en la frase, sin pretensiones de ilustración pedantesca y lirismos hueros, son las cualidades que avaloran esta obra de texto y detrás de las cuales se descubre el saber y la experiencia de un profesor que, como el Dr. Herranz, pasó la mayor parte de su vida enseñando filosofía en la Catedra del Seminario.

Para que nada le falte, es muy económica, dadas las circunstancias y los precios que alcanza hoy los libros dedicados a la enseñanza.

El amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones que la Divina Bondad puede conceder a los hombres.

(S. Franco. de Sales).



CULTO de María Auxiliadora

Nós tenemos la persuasión de que, en las vicisitudes dolorosas de los tiempos que atravesamos, no nos quedan más consuelos que los del Cielo, y entre éstos, la poderosa protección de la Virgen bendita, que fue en todo tiempo el Auxilio de los Cristianos.

PIO X.

Gracias de María Auxiliadora.

N. B. — Declaramos que todas estas relaciones expresan el parecer y juicios de personas que creen haber sido favorecidas por la Sma. Virgen; y que, por tanto, fuera de lo que la Iglesia ha fallado con el suyo infalible, no se les debe más fe que la meramente humana.

ALICANTE. — Hallándome deshauciada por varios médicos muy acreditados, visité a la Santísima Virgen Auxiliadora, y, al besarle el pie, le pedí me concediera la salud con tal que ello fuera para gloria de Dios y bien de mi alma. Contra el parecer de los médicos y a los cinco años de enferma, empecé a mejorar de modo, que a los seis meses estaba ya fuera de peligro, y al año, completamente buena. Agradecida publico la gracia para gloria de la Reina del cielo.

Villajoyosa, enero de 1921.

BEATRIZ REBADÁN.

Doy gracias a María Auxiliadora por haberme mejorado de mi enfermedad, y entrego una limosna de 50 pesetas.

ANTONIA RITA ARAGONÉS.

También nosotras te damos gracias por la mejoría y pedimos concluyas de darnos la salud, y, al mismo tiempo que solicitamos otro favor, damos para tu culto 7 pesetas de limosna.

4 de enero de 1921.

VICENTA Y CONCHA ARAGONÉS.

ALMERÍA. — Afligíame un gran dolor al pecho que no me dejaba sosegar un momento. Recurrí a María Auxiliadora, prometiendo dar cinco pesetas de limosna y publicar la gracia. Hoy me encuentro curada y me apresuro a cumplir lo ofrecido.

Vera, 27 de abril de 1921.

ANA JOAQUINA TORRES LÓPEZ.

Encontrándose mi madre enferma de gravedad, ofrecí a María Sma. Auxiliadora dar una limosna, si le devolvía la salud. Actualmente goza de perfecta salud, y yo cumpliendo mi promesa entrego cien pesetas para su culto, al mismo tiempo que doy a tan esclarecida Reina mis más rendidas gracias.

Abrial de 1921.

ANTONIO FERRER GALINDO, Pbro.

BARCELONA. — Nuestro único hijito padecía el terrible mal de Corea hacía ya cinco meses. Había perdido el habla, y se hallaban paralizado todos sus miembros menos la extremidades, que se agitaban continuamente, presa de convulsiones horribles. Consultado el caso con tres médicos de la ciudad, declararon que el mal había hecho presa en aquel cuerpecito con tanto ímpetu, que no le daban quince días de vida.

En trance tan desconsolador no nos quedaba otro recurso que el del Cielo. Comenzamos una novena a María Auxiliadora, al cabo de la cual nuestro niño recobró el habla, e inmediatamente se inició franca mejoría.

Agradecidos a tan bondadosa Madre, hacemos público el prodigo.

20 de octubre de 1921.

JUAN MILLS Y MARÍA LLECHÁ.

Acudí a María Auxiliadora pidiendo me otorgara un favor de carácter íntimo y de suma importancia, ofreciéndole, si tal gracia me concedía, mandar celebrar una misa en su altar de la iglesia del Instituto Salesiano de San José de esta ciudad y publicarlo en el Boletín. Como en otras ocasiones, también en ésta atendió la celestial Madre mis súplicas y me concedió el beneficio solicitado. Muy gustosa he cumplido lo prometido, y quedo reconocida a María Auxiliadora por la nueva merced de Ella recibida.

16 de febrero 1921.

FERNANDA ALVAREZ DE MORERA

Cumplo la promesa que hice de publicar en el Boletín Salesiano los favores recibidos por mediación de María Auxiliadora, si me concedía lo que fervorosamente le pedí.

La soberana Reina del Cielo atendió mis súplicas. Agradecida a tan señalado favor, mando una limosna para la Obra Salesiana.

12-6-1921.

Una devota de María Auxiliadora.

Padecía dolores agudos en una pierna, y me tenían tal, que llegué a desesperar de la curación. Acudí confiado a María Auxiliadora, prometiéndole

dole una misa si conseguía la curación, y publicar la gracia en el *Boletín Salesiano*.

Hoy me encuentro bien y cumple gustoso mi promesa.

16 de marzo de 1921.

JOSE RIGOL, PADES.

Doy las más expresivas gracias a María Auxiliadora por varios favores de Ella recibidos: el último fué encontrar colocación una persona de mi familia que la veía muy difícil; y tan pronto le prometí hacer pública tan deseada gracia, la conseguí. Ahora os suplico o Señora, devolváis la salud a mi hermana, que yo cumpliré mis promesas. Vuestra hija agradecida.

Sarriá 1921.

N. A.

CÁDIZ. — Encontrándome enferma y sin alivio, supliqué a nuestra Sma. Madre María Auxiliadora me devolviera la salud, y habiéndome concedido dicho favor hago pública mi gratitud.

Arcos de la Frontera, 20 Mayo de 1921.

A. L.

Enfermé gravemente del corazón. La ciencia médica se estrelló contra una enfermedad que le era completamente desconocida, y yo, faltó del sueño reparador, pues hacía varios días no había podido dormir, sentía que mi vida se extinguía por momentos. En tan horrible situación mis hermanas me propusieron invocar a María Auxiliadora, de la que siempre he sido fiel devoto, y comenzamos en familia el Santo Rosario. Terminóse el rezo, comenzamos las letanías y ¡oh prodigiosa Virgen de Don Bosco, bendita seas! al llegar a la invocación *Auxilium Christianorum* en el breve intervalo de la respuesta, me quedé profundamente dormido sin poder pronunciar *ora pro nobis*. Todo fué cosa de un momento, pues con pleno conocimiento y sin los síntomas del sueño, pronuncié el *Auxilium*, no así el *ora pro nobis*, pues estaba ya profundamente dormido. Mis hermanas salieron de puntillas del dormitorio y a las doce horas desperté sin notar en mí trastorno alguno, con gran sorpresa del Doctor y no menos mía y de mi familia que lloraban enterneados.

¡Gracias sean dadas a María Auxiliadora! Cumplí fielmente lo prometido y concluyo animando a todos, para que en las luchas y penas de la vida acudan a esta Celestial Señora.

Arcos de la Frontera, junio de 1921.

F. S. F.

Teniendo mi hijo mayor enfermo de mucha gravedad, lo encomendé a María Auxiliadora, y prometí que si me lo ponía bueno publicaría tan señalado favor en su *Boletín* y le oiría una misa en su capilla. El ruego no se hizo esperar; pues el mismo día en que el enfermo recibió la bendición de un P. Salesiano, hizo crisis la enfermedad, y desde entonces goza de una salud completa. Cumplí mi promesa.

Una devota.

Encontrándose un hijo mío muy pequeño con un ojo malo y poniéndosele cada vez peor, el médico opinó que era una riña y que no se le podía operar dada la corta edad del niño. En esta aficción le encomendé a María Auxiliadora, prometiendo, si lo ponía bueno, publicar la gracia en su *Boletín*: el favor no se hizo esperar, pues el día 24 de mayo, día de la Sma. Virgen Auxiliadora, amaneció el niño con el ojo completamente bueno, sin que en un año transcurrido desde entonces, lo haya tenido enfermo. Gracias, Madre mía, por tan sañulado favor.

M. J. V. G.

Cumpliendo un deber de gratitud hacia la Sma. Virgen María bajo su admirable advocación de Auxiliadora de los Cristianos, y para honor y gloria de su dulcísimo Nombre, hago público el singular favor obtenido por su mediación de haber devuelto la tranquilidad y la alegría perdidas a toda una familia, desolada por la grave enfermedad de uno sus miembros queridísimos, el Doctor Don Antonio Miguel y Ramón, que se encuentra ya desde hace algún tiempo completamente curado. No dudando que en ello han influido las preces que solicité en favor suyo de los PP. Salesianos, doy a los mismos infinitas gracias por su cooperación, y mando para el culto de Nuestra Sma. Madre María Auxiliadora la cantidad de 25 pesetas que tenía ofrecidas, si conseguía la salud del enfermo. Aunque ésto se hizo esperar, no por eso fué menor el gozo y el agraciamiento al conseguirlo.

Valladolid (España) 24-5-1921.

Z. G. DE S.

ARGENTINA. — Afligidos por tribulaciones sumamente penosas mi esposa y yo, resolvimos acudir a María Auxiliadora en demanda de auxilios, ofreciendo publicar el favor en el *Boletín*; y como quiera que la Sma. Virgen no desoyó nuestras súplicas, cumple com el deber de publicar la gracia.

Buenos Aires, Julio 21-1921.

LUIS J. GÁLVEZ.

Mi hijo Antonio José sufrió un fuerte ataque de eclampsia que lo puso al borde del sepulcro y sin esperanzas de curación. Comencé una novena a María Auxiliadora, y fué grande mi sorpresa al ver que mi hijo recobró luego el sentido en momentos en que le creímos muerto.

Agradecida cumple la promesa de publicar la gracia.

Manga, Agosto de 1921.

JOSEFINA DE GARCÍA.

Después de una enfermedad que duró unos dos años y medio y en manos de buenos facultativos, mi hija Elisa, a la que se le prodigaba toda clase de medicinas, con alguna mejoría al principio, cayó después en un estado de gravedad tal, que el doctor la dejó deshauciada, tras cruda lucha con la enfermedad. Entonces fué cuando redoblé mis súplicas a María Auxiliadora, prometiéndole

cooperar en la construcción de su Santuario en Fortín Mercedes.

Gracias a esta Virgen benditísima, mi hija goza al presente de perfecta salud.

Buenos Aires, agosto de 1921,

ELISA J. DE MICHE.

El que suscribe, religioso Salesiano, residente en Viedma, y hermano de la agraciada, atestigua lo relatado.

ENRIQUE E. MICHE.

Estando el niño Domingo Monópoli gravemente enfermo de broncopneumonía, ya desechados los recursos de la ciencia, se acudió con inmensa confianza a María Auxiliadora, después de haber puesto al cuello del niño la medalla bendita. Con sorpresa de los suyos y aún del médico, comenzó a reaccionar, y hoy, completamente curado, da gracias de todo corazón a la queridísima Madre Auxiliadora, que por su medio le devolvió cariñosa la salud.

¡Dichoso mil veces el que confía en tí, oh María!

Buenos Aires, 24 de agosto de 1921.

GENOVEVA DE MONÓPOLI.

De largo tiempo atrás venía mi esposo siendo vedado y calumniado por mantenerse constante en la fe y piedad cristiana, hasta al punto de verse *boyocoteado* en su profesión, pretendiendo sus adversarios cercarlo por hambre y atarlo al carro de su infame propósito, llevándolo al abismo con ellos.

Al fin resolvió poner su causa en manos de María Auxiliadora, interesándose con un pequeño porcentaje de sus ganancias en favor de la misión salesiana de esta localidad.

Su confianza y la de toda la familia en tan bondadosa y potente Madre, lejos de quedar defraudada, se vió coronada del más halagüeño éxito. Desde entonces cambió de tal suerte su situación, que en breve quedaron saldadas las deudas, renació la alegría y vino la tranquilidad a sentar sus reales en nuestro cristiano hogar.

Agradecida a tan bondadosa Madre, doy públicas gracias por esta tan señalada, para que cuantos son visitados por las tribulaciones inherentes al hombre en este valle de lágrimas, recurran confiados a María Auxiliadora.

Comodoro Rivadavia, 15 de agosto 1921.

CLARA GONZÁLEZ DE HERRERA.

Habiendo padecido por espacio de dos años grave enfermedad que me ocasionaba muchas molestias, ofrecí a María Auxiliadora publicar esta gracia, en el *Boletín Salesiano* si me la concedía.

La Sma. Virgen accedió a mis ruegos, por lo que cumplí mi promesa.

Córdoba, 8-9-1921.

VALENTINA M. DE MOLL.

Da. Elvira E. E. de Jonás da gracias a María Auxiliadora y se complace en publicar la merced recibida, de haber librado a su hijita de un ataque cerebral que la tuvo al borde del sepulcro.

CUBA. — Doy gracias a María Auxiliadora por haberme concedido que mi hijo pudiera terminar su carrera, pues debido al delicado estado de salud en que se encontraba no creí pudiera terminarla. Invoqué con fe a la Sma. Virgen Auxiliadora prometiéndole mandar decir una misa, lo que ya cumplí, y publicar la gracia en el *Boletín Salesiano* si me la concedía.

Hoy, pues, con el corazón lleno de gratitud cumple mi promesa, muy agradecida por tan señalado favor.

Camagüey, 27 de septiembre de 1921,

J. S.

ECUADOR. — Doy de lo más íntimo de mi alma mi más rendido agradecimiento por dos visibles favores que me ha dispensado la que es el consuelo del mortal. Estando trabajando un poncho de agua, se bañó por completo, y al ver mi trabajo perdido, invoqué de corazón a María y al Ven. Juan Bosco, que atendieron mi humilde ruego, pues al momento quedó el poncho perfectamente bien. La segunda gracia fue que el 2 del presente, a las 10 de la noche, me acometió un fuerte colerín, que, según el carácter de la enfermedad, creí sería aquel el último día de mi vida, mas viéndome casi sin auxilio humano y en altas horas de la noche, imploré el amparo de la que es Refugio del pecador, para que no permitiera muriese su pobre celador sin los Santos Sacramentos. ¡Oh prodigo singular! el mal fué poco apoco desapareciendo y con pocos remedios desapareció totalmente.

Agradecido a tan visibles favores hago público mi reconocimiento, y envío 52 ecuatorianos, para la celebración de una misa.

Vicéns, julio 16 de 1921.

REINALDO VILLOTA
Cooperador y Celador Salesiano.

Hallábase mi mamá gravemente atacada de una fiebre catarral y era desesperado el caso; invoqué a la Sma. Virgen con su hermosa advocación de Auxiliadora de los Cristianos, y todo prosiguió con felicidad.

Para corresponder al gran favor envío dos sucesos para el Santuario de Turín, otros dos para los niños pobres del Ven. Don Bosco, y otro para la causa del mismo Venerable.

Riobamba, junio de 1921.

ROSA AMIRA ALVARADO M.

Mi hijo no se atrevía en manera alguna a hacer su primera Comunión por temor a las burlas de sus compañeros. Supliqué entonces a esta buena Madre le hiciera vencer el respeto humano, prometiéndole hacer publicar la gracia. Hoy cumple mi promesa.

Nadie recurre a Tí, Virgen bendita, sin ser atendido en sus necesidades.

Puntarenas, 1921.

C. B.

MÉJICO. — Tenía hacía siete u ocho meses a una hermana mía gravemente enferma, y después de haber acudido a muchos médicos y hecho uso de

todas las medicinas para dicha enfermedad sin resultados satisfactorios, recurri a María Auxilio de los Cristianos, prometiéndole rezarle su novenario, recibir nueve comuniones y publicar la gracia; y como a tan buena hora fué hecha la promesa, satisfecha del buen éxito obtenido, me complazco en publicar la gracia.

Agosto de 1920.

Otra hermana mía fué atacada de una fiebre tifoidea, y enseguida de una como parálisis total. Deshauciada casi por los médicos, con la misma promesa obtuve la felicidad de verla sana, y hasta la fecha se encuentra en perfecto estado de salud, por lo que infinitamente agradezco a María su favor y lo publico.

Enero de 1921.

N. L.

NICARAGUA. — El día 9 de junio de 1918, mi hija Guillermina Robledo, fué atacada de una violenta congestión, que me hizo perder toda esperanza de vida, pues todos los síntomas mortales se manifestaron en ella. En situación tan apurada, clamé a María Auxiliadora, autora de tantos milagros y beneficios que llenan un sinnúmero de páginas, y prometíle que si restablecía la vida de mi hija, publicaría el prodigo para mayor gloria suya y en acción de gracias; y tan potente fué su intervención milagrosa, que no de otra manera puede llamarse esta curación sorprendente. Al hacer esta pública y espontánea manifestación de gratitud hacia esta milagrosa Virgen, elevo al Cielo mis más fervientes gracias por este inmenso favor recibido, y envío diez centavos de limosna.

Comalapa, abril 30 de 1920.

HERMISENDA ENRÍQUEZ.

Encontrándome agonizante a consecuencia de un ataque de pulmonía aguda, que me tuvo posada durante catorce días, imploré el auxilio de la Virgen Auxiliadora, que nunca desoye a los que le piden con verdadera fe. Inmediatamente se inició mi mejoría y me encuentro completamente restaurada. Llena de agradecimiento a tan piadosa Señora, doy público testimonio de mi curación y envío cincuenta centavos de limosna y un exvoto.

Comalapa, 7 de mayo de 1919.

TEODOSIO GÓMEZ.

Encontrándome en grande peligro de muerte, a causa de una fiebre maligna, ofrecí a la Sma. Virgen Auxiliadora inscribirme como Cooperador Salesiano, rezarle su novena y dar una limosna para sus pobres. Hoy que me encuentro con salud doy infinitas gracias a tan piadosísima Señora y cumulo gustoso mi promesa.

Comalapa, mayo, 1 de 1920.

MIGUEL GARCÍA.

Encontrándome muy afligida por tener que dividirnos unas fincas rurales y estar en desacuerdo tres de mis hijos mayores, acudí al auxilio de la Virgen Santísima, prometiéndole mandar publicar la gracia y enviarle un dólar de limosna para la

educación de los niños huérfanos. Todo se arregló satisfactoriamente, por lo cual doy infinitas gracias a la Santísima Virgen Auxiliadora que es madre amantísima de todos los que confían en ella.

Comalapa, 21 de julio de 1921.

CANDÉLARIA REYES.

Pasaron cinco meses largos de agudísima enfermedad que me impedía celebrar la santa Misa y rezar las más breves oraciones; mas ahora he vuelto al ejercicio de mi sagrado ministerio, gracias a la bondadosa intercesión de la que es *salud de los enfermos*, María Auxiliadora, y de su castísimo esposo San José a quienes he acudido en demanda de la salud perdida. Por fin, el día de la Natividad de la Virgen pude, en acción de gracias, celebrar el augusto sacrificio de la Misa, y hace ya treinta días que vengo celebrándolo sin ninguna interrupción. Mil gracias sean dadas a la que es tierna Madre y *refugio de los pecadores*.

Granada, 8 de octubre de 1919.

FRANCISCO ALFANO Pbro.

Dan también gracias a María Auxiliadora y envían una limosna:

Vera (España). — Da. Carmen Ferrer, por favor recibido; envía cinco pesetas — Da. Josefa Ruiz Cruzado, por dos favores, envía dos pesetas. — Da. Zoila Espinosa por haber sanado de una dolencia de estómago.

Inotepe (Nicaragua). — D. Florencio García y Señora dan rendidas gracias a María Auxiliadora por haber alcanzado la salud de un hijo que sufría enfermedad penosa y prolongada.

Montemorelos (Méjico). — Da. Dolores Hurtado, por haber concedido una gracia extraordinaria a su querido papá en punto de muerte.

Monterrey (Méjico). — Da. Jacoba Ch., viuda de Valdés, por haber devuelto la vista a su hija María.

Bucaramanga (Colombia). — Da. Adelina C. de Ordóñez da gracias a María Auxiliadora por haberle obtenido la salud a su marido, y envía dos pesos para los huérfanitos del Ven. Don Bosco.

Comalapa (Nicaragua). — D. Santiago Urbina y su señora por haberle salvado a su hijita Dalia de fiebre intestinal que la puso al borde del sepulcro, envían cincuenta centavos para los huérfanitos.

D. José Andrés Sánchez, por varios favores recibidos de la Santísima Virgen Auxiliadora, remite 0,30 r. de limosna — Da. Emiliana Reyes por haber curado a su hijo Lucas Estrada de epilepsia. — D. Teodulo Sandóval muy agradecido a María Auxiliadora por un favor envía un exvoto de plata. — Da. Regina Duarte por haber curado a su hijito de una tos ferina muy rebelde. — Da. Felipa y Da. Petrona Duarte por haber librado a un hijo de la primera, de fiebre pulmonar, envían 15p. de limosna. —

Dan también gracias infinitas a María Auxiliadora y envían limosna Da. Bemilda Somaza, Da. Paula Sánchez, D. Francisco García, D. Nicasio Duarte, D. Genaro Leiva, D. Máximo E. Amador, y D. Fernando Alvarez.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1921.

Artículos y documentos.

- Carta del Revmo. Sr. D. Pablo Albera a los Sres. Cooperadores Salesianos, pág. 3.
Llamamiento a los Sres. Bienhechores de la Obra de Don Bosco, 35.
Una carta que merece ser leída, 101.
Discurso del Dr. D. Modesto Hernández Villaescusa, 203 y sigtes.; 237 y sigtes.
Nota del mes de enero, 10.
Actividades juveniles, 10.
Auras del Tibidabo, 38 y 132.
Normas directivas de organización y acción de los Cooperadores Salesianos, 37 y 69, 235.
A nuestros Exalumnos, 68.
Pidiendo socorro, 71.
Voz de alerta, 99.
Una palabra confidencial a nuestros amigos y lectores, 100.
Laudate pueri Dominum, 125.
El Sagrado Corazón de Jesús y el Ven. Bosco, 151.
Programa de acción salesiana para nuestros Exalumnos, 154.
Acción de los Sres. Cooperadores en las Parroquias, 175.
Para el nuevo Curso escolar, 297.
Las Misiones Católicas, 299.
El Sumo Pontífice y los Salesianos de Viena, 12.
Un monumento a la memoria del P. Evasio Rabagliati, 12.
Iniciativas ejemplares, 39.
La Obra de Don Bosco en Austria, Alemania y Hungría, 41 y sigtes.
Actitud valiente, 52.
El Rdmo. Sr. D. Pablo Albera a los pies del Padre Santo, 67.
Un gran concurso catequístico, 72.
Un tributo de admiración al sistema educativo del Ven. Bosco, 74 y sigtes.
Iniciativas ejemplares, 102.
Un certamen dramático nacional, 104.
La Basílica del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, 125.
La Obra de Don Bosco en un rincón de París, 128.
La cripta funeraria de Don Miguel Rúa, 155 y siguientes.
La Obra Salesiana en Polonia, 178.
Iniciativas ejemplares, 308.
Congreso Nacional Catequístico y de los Oratorios Festivos de Cagliari, 207 y sigtes.
Un templo en honor de Jesús Adolescente, 210 y sigtes.
Vida de expansión, 239.
La fiesta del Padre, 242.

Nuevo Oratorio en Turín, 243.

Sor Teresa Rota, 245.

Homenaje a Mons. José Fagnano, Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego, con ocasión del IV Centenario de Magallanes, 266.

Un Centenario y una Obra santa, 264.

La Obra Salesiana en Tucumán, 269.

Tercer Centenario de la muerte de S. Francisco de Sales y Cincuentenario de la fundación del Instituto de María Auxiliadora, 295 y sigtes.

Don Albera ha muerto! 327.

Para el Tercer Centenario de la muerte de San Francisco de Sales, 333.

Por la buena prensa, 324.

Contra la moda impudica, 336.

Misiones.

AFRICA CENTRAL: Diez años de apostolado salesiano en el corazón del África Central, 113.

Una expedición apostólica a través de los señoríos del Congo, 135.

Las postrimerías de la Pagoda de Leu Kong, 138.

ARGENTINA: Noticias de Patagonia, 79.

Nueva residencia y previsión de Don Bosco sobre Patagonia, 272.

Expedición a la Tierra del Fuego, 106.

Exposición de las Misiones Salesianas en la Tierra del Fuego, 220.

BRASIL: Río Negro. Una trabajosa misión en la región inferior del Río Negro, 16.

Nuevo Prefecto Apostólico, 19.

Llegada de nuevos misioneros, 84 y 112.

MATO GROSSO: Viaje a través de la gran meseta central, 158.

Los buscadores de diamantes, 160.

ECUADOR: Misiones de Méndez y Gualaquiza, 14.

CHINA: Noticias del Vicariato Apostólico de Shiu-Kou, 182.

Páginas de oro para la historia de la Obra de Don Bosco en China, 187.

Entrada de Mons. Versiglia en Shiu-Kou, 246.

« El mes de las misiones », 249.

Una visita a los distritos del Vicariato de Shiu-Kou, 301.

La revolución. — Peligro que corrieron dos misioneros, 337. — Una iglesia abierta de nuevo al culto, 340.

La Obra de Don Bosco en el Territorio de Magallanes, 215.

La Obra de Don Bosco en el Paraguay, 50.

Despedida de misioneros, 20.

Nueva Misión Salesiana en el Chaco paraguayo, 51.

Culto de María Auxiliadora.

Fiestas de María Auxiliadora en Cali (Colombia) y en Buenos Aires (Argentina), 23.

Entrada triunfal en Alguera, 53.

Fiestas en Morella (Méjico), 53.

Una calle dedicada a María Auxiliadora en Carmona (Sevilla), 53.

Habana (Cuba), María Auxiliadora en un sanatorio 88.

El mes de las Flores, 118.

Entronización de María Auxiliadora en la iglesia parroquial de Hinojosa del Duque (Córdoba) España, 144.

Lima (Perú). El templo de María Auxiliadora, 163.

Las fiestas de María Auxiliadora en su Basílica-Santuário de Turín, 192 y sigtes.

Fiestas de María Auxiliadora en Baracaldo (Bilbao). Córdoba, Sarriá, Valencia, Ciudadela (Menorca). Alicante y Carmona (Sevilla), págg. 121, 122 y 123.

Fiestas de María Auxiliadora en Madrid, Alcalá de Guadaira, Orense, Habana, Camagüey, Morella (Méjico), Patagones (Argentina), Serena (Chile), 250, 251 y 252.

Inauguración de una nueva iglesia de María Auxiliadora en Montevideo (Uruguay), 277.

Fiestas de nuestra Auxiliadora en Zaragoza, en Lima, en Angostura (Colombia), en Bucaramanga (Colombia), en Sigsig y en Portoviejo (Ecuador), 278 y 279.

Un nuevo Santuario en Guayaquil (Ecuador), 309.

Fiestas patronales en Rodeo del Medio, 309.

Id. en Ensenada (Argentina) y en Cabo Malo (Ecuador)

Gracias de María Auxiliadora.

Véanse las páginas 23 y siguientes, 54 y sigtes., 88 y sigtes., 119 y sigtes., 145 y sigtes., 163 y sigtes., 194 y sigtes., 123 y sigtes., 253 y sigtes., 279 y sigtes., 312 y siguientes.

Favores del Ven. D. Bosco.

Véanse págs. 56, 90, 227, 255

Hijas de María Auxiliadora.

Patagones (Argentina), 58.

Ecos de la Casa-Madre, 227.

General Roca (Argentina), Bendición de un nuevo colegio, 256.

Montevideo, Una escuela y un sindicato, 281.

Punta Arenas de Magallanes. Monografía del colegio « María Auxiliadora », 317.

Véanse págs. 27, 68, 197, 283, 318.

De nuestros exalumnos.

Varios.

Por el Siervo de Dios Domingo Savio, 57.

Por el Siervo de Dios Andrés Beltrami, 203.

Consagración episcopal de Mons. Domingo Comín, 59.

La causa de beatificación del Ven. Cafasso, 117.

Homenaje de un exalumno a María Auxiliadora, 117.

Por el mundo Salesiano.

ESPAÑA: Arcos de la Frontera, 320. — Baracaldo, 123 y 259. — Cádiz, 259. — Carmona, 286. — Córdoba, 285. — Madrid, 231. — Mahón, 60. — Palma de Mallorca, 231. — Pamplona, 29. — Salamanca, 29, 60. — Sarriá, 232, Sevilla, 123. — Talavera de la Reina, 258 y 321. — Utrera, 200.

EXTRANJERO: París, 201. — Marsella, 201. — Viena, 286. — Almagro, 287 — Asunción, 320. — Bahía Blanca, 260. — Bernal, 124, 202. — Buenos Aires, 60, 230. — Camagüey, 200. — Caracas, 92. — Concepción, 93. — El Salvador 123. — Guayaquil, 92, 321. — Lima, 171, 286. — Maldonado, 321. — Morella, 61. — Panamá, 61 y 158. — Paraguay, 146. — Puntarenas, 61. — Rodeo del Medio, 171. — Salto, 148. — Santa Ana, 123 — Santa Tecla, 287. — S. Nicolás de los Arroyos, 260. — Santiago de Chile, 93. — Sucre, 171 y 172. — Valaparaiso, 287. — Villacolón, 173. — Varias noticias breves, 124 y 158.

Véanse las págs.: 40, 122, 170, 232, 236, 241, 268, y 319.

Necrología.

S. Ema. el Cardenal Ferrari, 127.

Don Juan Montaldo, 125.

Ilmo. Sr. Dr. D. José Gaspar Sork, 149.

Dr. D. Joaquín M. Cullen, 149.

Sra. Da. Mercedes Barrientos de Barrientos, 150.

D. J. Enrique Sr. de Romaña, 150.

Exmo. e Ilmo. Mons. Rodolfo Cároli, 173.

Ilmo. y Rdmo. Sr. Dr. D. Celestino Loza Villalba, 173.

Da. Dolores Betancourt y Agramonte, 202.

Rlo. P. Aime, 232, 261 y 288.

Da. Concepción Avallos, Vda. de S. Román, 62.

Otros Señores Cooperadores difuntos, 62, 94, 50, 174, 262, 291 y 322.

El Ilmo. Sr. D. Santiago Costamagna, 342.

Excmo. e Ilmo. Sr. D. Jan Marenco, 345.

SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL
TORINO - Corso Regina Margherita, 174 - TORINO

JOSEPH RICKABY S. J.

DE NIÑO A HOMBRE

Traducido directamente de la 3^a Edición inglesa por RODOLFO FIERRO TORRES, Salesiano.
Volumen de 300 páginas Ptas. 3 —

Publicaciones recientes:

THEOLOGIÆ MORALIS SYNOPSIS

Auctore PÉTRO RACCA

Archidioecesis Taurinensis Sacerdote Sacrae Theologiae Docto

Breve opus ex sapientissimis scriptoribus in Re Morali eductum et ad normam novi Codicis
Juris Canonici exaratum. — Vol. (20×13) en 16º, casi 600 páginas Ptas. 15 —

De Censuris “Latae Sententiae” ,

QUAE IN CODICE JURIS CANONICI CONTINENTUR, COMMENTARIOLUM DIGESSIT

JOHANNES CAVIGIOLI - Archipresbyter S. Mauritii a Clivo

Hermoso volumen en 16º páginas 164 Ptas. 5 —

NOVUM JESU CHRISTI TESTAMENTUM

Vulgatae Editionis iuxta exemplar Vaticanum cum appendice

Volumen manual (13×8) impreso en finísimo papel opaco, contorno encarnado en todas las
páginas. Pág. xvi-800. Encuadernación en tela negra, corte encarnado Ptas. 8 —
Encuadernación en tela negra, corte dorado > 10 —

BECHIS Sac. MICHAEL.

REPERTORIUM BIBLICUM

seu totius Sacrae Scripturae concordantiae iuxta vulgatae editionis exemplar Sixti V. P. M. iussu
recognitum et Clementis VIII auctoritate editum *praeter alphabeticum ordinem in grammaticalem
redactae*. — Dos grandes tomos en 4, dé más de 200 páginas Ptas. 25 —

BOLETÍN SALESIANO

Redacción y Administración: Via Cottolengo, 32 - TURIN.